



Voces *del orden*



Unidad de Diálogo y Mantenimiento del Orden

VOCES DEL ORDEN

Unidad de Diálogo y Mantenimiento del Orden

Policía Nacional de Colombia

Primera Edición



Voces *del orden*



Publicación de la Policía Nacional de Colombia

Presidencia de la República
Ministerio de Defensa Nacional
Policía Nacional

Dirección y conceptualización

Unidad de Diálogo y Mantenimiento del Orden

Consolidación y redacción

Mando del Nivel Ejecutivo UNDMO

Diseño y diagramación

Imprenta Nacional de Colombia, Bogotá, D. C., 2026

ISBN 978-958-8698-46-5

Índice



Introducción	10
--------------------	----

Relatos de Vida

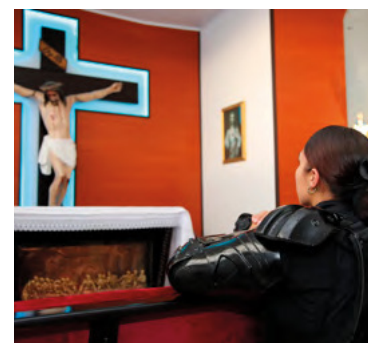
Cicatriz	16
El eco de las noches largas	20
Cuando el cielo nos salvó	24
Vidas en peligro	28
Entre llamas	32
Consecuencias	36
Libertad	40
Calipso	44
Alcanzado por el fuego	48
Los ocho de Castilla	52

Acercamiento a la comunidad

Sembrando sonrisas	58
Al servicio de los demás	62
Solidaridad	66
La tanqueta de la vida	70

Toda una *vida*

Intendente Jefe	
Randy Yessid Lenes Arreola	76
Intendente Jefe	
Edwar Humberto Daza Mosquera.....	80
Intendente Jefe	
Edwin Giovanni Cuasquer Cuaspa	84
Intendente	
Jesús Anín Martínez García	88
Intendente Jefe	
Tobías Alejandro López Villamil	92
Teniente Coronel	
Mauricio Fernando Sáenz Córdoba	96
Patrullero	
Jhon Leandro Rivera Noguera	100
Intendente Jefe	
José Manuel Salgado Rueda.....	104
Intendente Jefe	
José Iván Delgado Cerón	108



Intro

ducción

En este libro encontramos una exploración profunda y necesaria sobre el sentido del deber, la vocación de servicio y el impacto de una vida dedicada a proteger a la sociedad. En una sociedad que a menudo olvida las bases del compromiso cívico, nos proponemos desvelar las complejas capas que definen a aquellos que eligen la primera línea del cuidado y la seguridad. El primer capítulo, titulado *Relatos de vida*, se adentra en el concepto de heroísmo, en el cual desmantelamos la visión idealizada para comprender la resiliencia en su forma más pura y humana: la decisión consciente y a menudo instantánea de arriesgar el bienestar personal por la seguridad de un tercero. Analizamos las motivaciones, el entrenamiento mental y la ética que impulsan a un individuo a trascender los límites de la autoprotección. Más allá de las medallas y los titulares, buscaremos el quid de la valentía genuina.

En el segundo capítulo, Acercamiento a la comunidad, se muestra el lado colaborativo y bondadoso que caracteriza a nuestros hombres y mujeres de la Policía Nacional, esa capacidad de ayudar a los demás y de ser solidarios. Donde muchos eligen la indiferencia, otros deciden actuar. En esa entrega silenciosa a las necesidades del prójimo, se gestan las pequeñas revoluciones que logran sanar nuestro mundo.

El tercer capítulo, titulado Toda una vida, está dedicado a rendir un profundo reconocimiento a quienes han entregado su trayectoria profesional al servicio de la ciudadanía. Hacemos un alto especial para honrar a aquellos que han trabajado durante tanto tiempo en la Unidad de Diálogo y Mantenimiento del Orden. Sus vidas son un testimonio de experiencias que, día a día, forjan personalidades inquebrantables y es un legado invaluable. Este capítulo captura y preserva esas memorias, así como el profundo impacto que su compromiso deja no solo en sus recuerdos, sino en la historia del servicio público.







Subintendente **Miguel Ángel Monzón Rojas**

Ci ca triz

Fuente: galería pública de internet bajo principios de uso legítimo e ilustrativo. Referencia externa.



Durante los procedimientos de control de disturbios llevados a cabo en la ciudad de Bogotá en el 2021, un alto número de policías resultaron heridos. A continuación, se presenta el relato de uno de ellos.

La historia de Miguel en la Institución, comenzó en el 2014, tras superar exitosamente el proceso de incorporación a la Policía de Colombia.

Posteriormente, en enero de 2015 ingresó a la Escuela de Carabineros Eduardo Cuevas García, con sede en la ciudad de Villavicencio. Aquel día representó un momento significativo en su vida, por el orgullo de iniciar su formación policial y por las emociones encontradas al despedirse de su familia.

El 15 de enero de 2016 se graduó con éxito y fue destinado al antiguo Escuadrón Móvil Antidisturbios. Su labor comenzó en el municipio de Espinal (Tolima), en el Centro Nacional de Operaciones, donde se realizan los cursos de Control de Disturbios para la Policía Nacional. Allí culminó su preparación antidisturbios y fue asignado al Escuadrón Móvil Antidisturbios n.º 7, ubicado en Manizales, donde inició sus funciones como integrante de sección, portando escudo acrílico y participando en diversas operaciones como desalojos, servicios en estadios, atención a mingas indígenas y acompañamiento al paro camionero en Popayán.

En el 2017 fue trasladado a Bogotá para integrarse al Escuadrón Móvil Antidisturbios n.º 2. Desde entonces ha prestado servicio en eventos masivos y patrullajes preventivos, guiado siempre por los principios de necesidad, proporcionalidad y legalidad.

Gracias a su ética, disciplina y actitud colaborativa, se ha destacado como un referente para sus compañeros dentro de la Institución. En la actualidad se desempeña como funcionario administrativo en el mismo Grupo de Diálogo n.º 2, con sede en Bogotá.

“Cicatriz” Barrio Bosa, Sur de Bogotá, noviembre de 2021

Al caer la noche del 22 de noviembre de 2021, el Portal Américas de Transmilenio, en el sur de Bogotá, se llenó de un silencio extraño, de esos que presagian tormentas. Estábamos allí, firmes, cumpliendo con el servicio de prevención, cuando la voz en la radio rompió la calma: “Atención, desplácese hacia las afueras, los manifestantes se aproximan con la intención de incendiar las instalaciones”. Mientras ajustaba mi casco, pensé: “Esto apenas comienza”. El aire pesaba como si la oscuridad trajera consigo la furia de cientos de gargantas.

Las primeras maniobras comenzaron entre humo, piedras y gritos. Vimos que estas personas retrocedieron por un instante, y aquel respiro efímero nos permitió recuperar la avenida Ciudad de Cali, aunque todos sabíamos que la noche aún no había mostrado su peor rostro.

Pasadas las 9:00 de la noche, si mal no recuerdo, nos desplazamos por la avenida Ciudad de Cali hacia el sur. Recuerdo que caminamos hasta llegar casi a la estación de servicio de Terpel. Allí, frente a nosotros, se alzaba una multitud de cerca de quinientas personas. Eran como un mar agitado que golpeaba contra nuestro escudo. “Esto se va a desbordar...”, le escuché decir a uno de mis compañeros, con la voz quebrada por la tensión. Yo tragué saliva y respondí casi sin mirarlo: “Aguantemos... no podemos ceder”.

Avanzamos esquivando y protegiéndonos a como diera lugar, formando barreras. El caos era total. En medio de esa confusión, vimos que una opción era apartar a los más violentos, por lo que decidí gritarles a todos: “Cúbranme, voy por él”. Me lancé sobre el sujeto y, al agarrarlo, nos fuimos al piso. Y entonces... ocurrió lo impensado. Sentí un roce detrás de mí, un soplo helado en la espalda, y luego un dolor cortante que me arrancó el aliento. Algo metálico había atravesado mi axila, y un fuego ardiente me quemaba

el pulmón derecho. Alcancé a sujetar a la persona que me había herido y, como pude, lo sostuve y alcancé a gritar: “¡Me dieron...!”, con la garganta ahogada por mi propia saliva. Pero no me detuve. Seguí de pie, tambaleándome, con el brazo derecho empapado.

Cada movimiento era como clavarme mil veces la misma herida. Diez minutos... diez eternos minutos resistiendo hasta que sentí la humedad recorrerme, la visión se nubló y el cuerpo me pesaba como plomo.

“¡Está mal, sáquenlo ya!”, gritó uno de mis compañeros mientras me sujetaba por la espalda. Yo apenas alcancé a susurrar: “No... no me dejen aquí...”.

El trayecto hacia el Hospital de la Policía —que desde Bosa queda a aproximadamente una hora o más— fue un torbellino de sirenas y desesperación. Debía ser el Hospital de la Policía porque en los hospitales del sector no nos iban a atender. Recuerdo las luces de la ciudad pasando como destellos lejanos, mis manos presionando la herida sin fuerza, y una voz que me repetía una y otra vez: “Aguante hermano, tranquilo, ya casi llegamos”.

Al ingresar al quirófano, la conciencia me abandonaba. Entre jadeos sueltos rogué en silencio: “Dios... no me llesves todavía”. El neumotórax me estaba ahogando desde dentro, la sangre se mezclaba con cada respiro fallido.

Después de que fui atendido e intervenido, al otro día desperté con tubos que atravesaban mi pecho y con mi familia a mi lado. El dolor era insoportable, pero la vida seguía latiendo en mí. Había vuelto de la frontera con la muerte. Hoy, cada vez que cierro los ojos, revivo esa noche oscura: los gritos, la sangre caliente corriendo por mi brazo y el filo frío de aquel cuchillo que casi me arranca la vida. En el 2025 logré mi ascenso al grado de subintendente. Mi proyección es, a largo plazo, fortalecer cada día mis competencias y disfrutar de mi carrera como policía. Todos los días le pido a Dios que me libre y nos libre de los enemigos.



Fuente: galería pública de internet bajo principios de uso legítimo e ilustrativo. Referencia externa.

El eco de las *noches largas*



Intendente **Jorge Luis Noreña Otálvaro**

En los hechos sucedidos en el estallido social del 2021 que aún viven en la memoria de cualquier caleño, se puede afirmar que aún no se entiende cuál en realidad era la finalidad, pues se logró evidenciar la irracionalidad en muchas acciones. Esta historia es narrada por una persona que la vivió de manera presencial.

El intendente Jorge Luis Noreña Otálvaro ingresó a la Policía el 17 de julio de 2008, luego de realizar el Curso Antidisturbios en la Escuela de Policía Rafael Reyes, de Santa Rosa de Viterbo, Curso n.º 14. Posteriormente, fue trasladado al Escuadrón Móvil Antidisturbios n.º 3, sede Medellín. El primer rol que desempeñó fue portando escudo acrílico.

Después de un tiempo de haber demostrado sus capacidades para otras responsabilidades, le fue designada la función de operador de fúsil lanza gas lacrimógeno. En este cargo estuvo hasta el 2015, año en que participó y aprobó el curso de instructor para la especialidad antidisturbios (curso n.º 001). A partir de esta fecha alternó las actividades pedagógicas con las operativas.



En el 2017 solicitó traslado al, para ese entonces, Escuadrón Móvil Antidisturbios n.º 7 del departamento de Caldas. Ese mismo año aprobó el concurso para el grado inmediatamente superior como subintendente, ascendiendo en el 2018. Desde ese entonces se desempeña como comandante de escuadra.

En el 2023, por disposición de la Policía, le fue otorgado el ascenso al grado de intendente.

El eco de las noches largas: Cali y Yumbo, mayo de 2021

Luego de desocupar el sitio donde llegábamos a descansar después de muchas horas de trabajo —debido a que nos podían atacar como había ocurrido con los compañeros en el hotel Luna—, la madrugada del 4 de mayo empezó con una orden que todavía resuena en mi memoria: para llegar a Yumbo, “debíamos ingresar por tierra”. Al escucharla, el silencio se llenó de miradas cruzadas. Nadie lo decía en voz alta, pero lo pensábamos: era una locura. No logro recordar cuántos policías había conmigo ese día, pero sí puedo decir que no sumábamos más de 30, sin los medios técnicos ni la munición necesaria para atravesar una carretera tomada con al menos cuatro bloqueos esperando en la ruta. “Vamos a vivir otra vez un procedimiento difícil”, pensé, mientras el murmullo de mis compañeros confirmaba lo que mi corazón ya sabía.

Finalmente, la táctica cambió. Esa noche nos quedamos en los pasillos de las instalaciones policiales donde funciona la Policía Metropolitana de Cali, en la comuna trece de esta ciudad, con el piso como colchón y la incertidumbre como cobija. “Ojalá pudiéramos dormir aunque fuera un poco”, me repetía, pero el ruido del radio no lo permitió. Al amanecer del 5 de mayo, llegamos al aeropuerto. Una vez allí, fuimos llevados a Yumbo en helicópteros de la Fuerza Aérea. La Mega Estación de Policía sería nuestro nuevo hogar, un fortín improvisado que debíamos defender no solo por nosotros, sino por las cien vidas que se apretujaban en los calabozos. No podíamos fallar, pues estas personas también eran nuestra responsabilidad.

El primer día subí a la terraza. La vista de 360 grados me recibió con columnas de humo por todos los costados. “Así se ve el infierno desde aquí arriba”, me dije. Era un saludo de bienvenida a una realidad que pronto se volvería insoportable. La calma era tensa, casi cruel, porque sabíamos que estaba destinada a romperse. Cuando transcurría la noche del 6 de mayo, a eso de las 10:00 de la noche, el estruendo de ráfagas de fusil y el golpe seco de un arma —que al parecer era un AK-47— anunciaron la larga noche que nos esperaba a los compañeros del

Escuadrón Móvil de Carabineros, policías armados que prestaban la seguridad, contuvieron con valentía el primer embate, mientras nosotros intentábamos frenar a la turba que avanzaba por la avenida, diagonal a las instalaciones de la empresa colombiana de petróleos que se encuentra en ese sector.

Recuerdo con nitidez la imagen que me heló la sangre: un camión cargado de cilindros de gas propano, robado en medio de los saqueos, convertido en una bomba rodante. Si ese camión explotaba, no quedaría nada de nosotros. Entonces, el fuego comenzó a devorar uno a uno los cilindros, los cuales estallaban en un efecto dominó que iluminaba el cielo como un infierno abierto.

Eran armas improvisadas, pero letales. Cada cilindro que cruzaba las filas en llamas parecía un proyectil dirigido al azar, buscando arrancar una vida.

“Que no sea la mía, que no sea la de mi hermano de al lado”, rezábamos en silencio. Las bombas molotov, las ‘papas’ explosivas y los disparos nos rodeaban; el aire era humo, el suelo era fuego, y nosotros apenas un muro humano intentando impedir lo inevitable: que incendiaran los pozos de la empresa de Ecopetrol, lo que habría significado una tragedia incalculable.

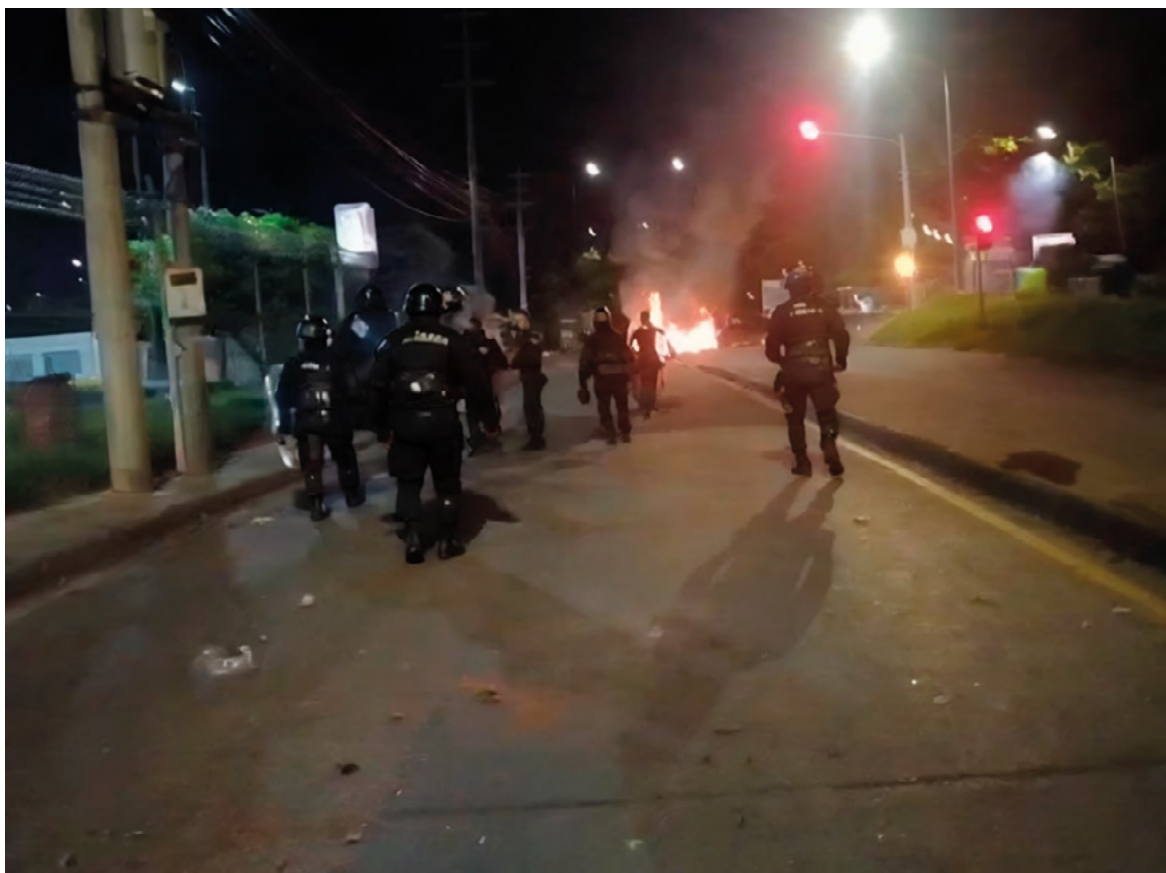
A ratos me preguntaba cómo seguía en pie. Sentía la garganta quemada, los músculos al límite y el alma desgarrada por el miedo. Un compañero, con la voz entrecortada, me susurró: “Si salimos de esta, no vuelvo a quejarme por nada en la vida”. La noche se hizo eterna. Los gritos de la multitud, mezclados con el rugido del fuego, parecían no tener fin. Sin embargo, cuando la primera luz de la mañana se filtró entre el humo, supimos que habíamos resistido.

“Estamos vivos”, pensé, casi incrédulo, mientras contaba con la mirada a cada uno de mis hombres. El objetivo se había logrado: la Estación de Policía y las instalaciones donde se almacenaban cantidades de litros de combustible seguían en pie y, con estas, las vidas que dependían de nosotros. La alegría de haber sobrevivido no borraba la verdad: el daño

estaba hecho. Las calles estaban destruidas, al igual que los andenes y los paraderos de buses. El país y la ciudad amanecieron desabastecidos. Las familias esperaban respuestas.

Durante los dos meses siguientes, cada noche se repitió el mismo eco de violencia. “Valor, solo valor”, era lo único que nos quedaba para seguir.

Hoy, al recordarlo, siento que algo de mí se quedó en esas madrugadas de Yumbo, en el humo negro que oscurecía el cielo y en los cilindros ardiendo que perseguían nuestras sombras. Aunque todavía duele, también sé que ahí aprendimos que el valor no es la ausencia de miedo, sino avanzar con él en los huesos, cuando la vida de otros depende de que no te detengas.



Cuando el *cielo* nos salvó



Intendente jefe **Jorge Eliécer Quintero Mendoza**

Desde el 2007, el intendente jefe Jorge Quintero hace parte de la Unidad de Diálogo y Mantenimiento del Orden. Durante este tiempo, ha desempeñado diversos roles que han contribuido a su crecimiento profesional y al cumplimiento de los objetivos institucionales. Inició como integrante de sección, posteriormente, como responsable logístico de la que, para esa época, se llamaba Móvil Antidisturbios número 12, con sede en Cúcuta. Actualmente ocupa el cargo de comandante de escuadra del Dispositivo Especializado de Intervención, en esa misma unidad.

A lo largo de su trayectoria, ha complementado la experiencia operativa con formación académica y capacitación continua, lo cual le ha permitido fortalecer competencias y aportar de manera más efectiva al servicio.

Durante estos aproximadamente 18 años al servicio de esta valiosa especialidad, ha trabajado con compromiso, dedicación y sentido de pertenencia, siempre orientado a contribuir al progreso institucional, al fortalecimiento operativo y al bienestar de la comunidad. Su objetivo ha sido, y continúa siendo, aportar de manera significativa a la mejora constante del servicio, promoviendo la excelencia y la profesionalización en cada una de las labores encomendadas.





Cuando el cielo nos salvó: Norte de Santander, 2013

Todavía me cuesta hablar de Tibú sin que se me nuble la mirada. Era el 2013, yo integraba la Móvil Antidisturbios n.º 13, sede Bucaramanga, y nos asignaron lo que parecía ser un procedimiento rutinario: acompañar la entrega de un bien inmueble. Pero en el Catatumbo nada era sencillo. Ya se respiraba un aire espeso, cargado de inconformidad, de rabia acumulada por años. El paro agrario regional apenas se estaba gestando, pero nadie imaginaba que ese día se convertiría en el detonante de una tormenta que duraría más de dos meses.

La mañana comenzó tranquila, pero pronto todo cambió. Desde las 10:00 a. m. empezaron a llegar camiones y volquetas llenas de gente. Venían decididos, organizados, y nosotros apenas éramos 30 o algo más de policías. El primer impacto de piedra contra el casco me hizo comprender lo que se venía. En cuestión de minutos, estábamos replegados dentro de la alcaldía municipal, junto con el alcalde y el entonces coronel Eliécer Camacho. Afuera, una multitud enfurecida nos rodeaba. Las piedras volaban como lluvia sólida, las molotov estallaban contra las paredes, y en sus ojos se leía un odio que quemaba más que el fuego.

Recuerdo que alguien gritó: “Van a incendiar la alcaldía con todos adentro”. En ese instante sentí el peso de la fragilidad humana. El casco y el escudo ya no me parecían suficientes. “¿Será hoy el día en que no regrese a casa?”, me repetía, entre el estruendo de vidrios rotos y explosiones improvisadas.

Fue entonces cuando llegó la orden de rescatar a la fiscal. Estaba atrapada en las instalaciones de la Fiscalía, a cuadra y media de distancia —el fuego ya lamía las paredes—; fue entonces cuando el intendente Grisales tomó la delantera. Tres compañeros y yo lo



Fuente: foto tomada por Jorge Eliécer Quintero Mendoza.

seguimos, casi sin pensarlo. “Ojalá mis pasos sean firmes”, pedía en silencio, porque cada metro podía ser el último. Avanzamos entre una lluvia de piedras y explosivos artesanales. El humo asfixiaba, la adrenalina empujaba. Cuando logramos abrirnos paso y sacarla de allí, la vi llorar.

No eran lágrimas de debilidad, eran de alivio, de alguien que comprendía que su vida había estado a segundos de terminar. Regresamos a la alcaldía con ella, como si cargáramos un tesoro en medio de la guerra. Pero la multitud no cedía. Al contrario, cada minuto llegaban más. Nuestras municiones químicas estaban agotadas, los brazos nos pesaban y la fatiga era insoportable. El aire era fuego, gritos y rabia. Yo miraba a mis compañeros y demás personas, veía en sus ojos el mismo miedo que yo intentaba ocultar. Y lo confieso: pensé que ese día íbamos a morir calcinados en esa alcaldía.

Fue en ese punto, cuando todo parecía perdido, que ocurrió lo que muchos llamamos un milagro. El cielo se abrió de repente, y una lluvia torrencial cayó sin aviso. No fue un aguacero cualquiera. Fue una cortina de agua que apagó los incendios, que enfrió las llamas que ya acariciaban las paredes, que entorpeció las manos que nos lanzaban molotov. Esa lluvia fue como si Dios mismo hubiera extendido su manto sobre nosotros. Recuerdo alzar la cara, dejar

que las gotas golpearan mi rostro ennegrecido por el humo y pensar: “Todavía no es el final”. Al caer la tarde, el rugido de aeronaves cortó el aire. Eran los refuerzos.

Ver esos aviones fue sentir que la esperanza tenía alas. Con su llegada, y los refuerzos que ahí venían, los atacantes retrocedieron, y poco a poco logramos recuperar el control. Había compañeros heridos, cuerpos agotados, almas rotas, pero ninguno había muerto. En medio de ese caos, esa sola verdad era suficiente para darnos fuerzas.

Ese día marcó el inicio del paro del Catatumbo del 2013. Más de 60 días de violencia, heridas, negociaciones interminables. Pero para mí, lo que quedó grabado fue esa jornada en Tibú: el humo de la alcaldía, la mirada aterrada de la fiscal que logramos rescatar, el cansancio brutal de mis hermanos de armas y, sobre todo, esa lluvia inesperada que nos devolvió la vida cuando ya la dábamos por perdida.

Hoy, cuando cierro los ojos, vuelvo a escuchar el estruendo de las piedras, el rugido del fuego y los gritos de la multitud. Pero también escucho el golpeteo de las gotas en mi casco, como un recordatorio de que, incluso en medio del infierno, a veces la vida nos concede un respiro. Hoy, sigo aquí para contarlo.

Vidas en peligro

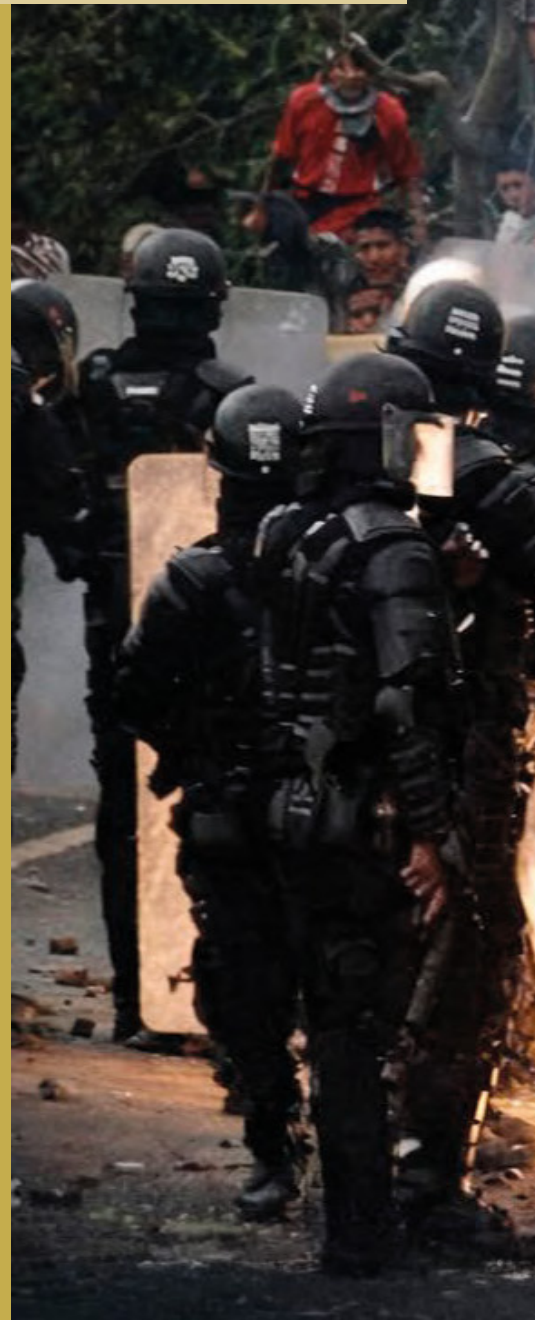


Subintendente **Jhon Manuel García Hurtado**

El subintendente Jhon Manuel ingresó a la Policía Nacional en el 2011, y fue asignado al Escuadrón Móvil Antidisturbios de la Metropolitana de Bogotá.

Desde entonces ha cumplido diversas funciones en el ámbito operativo, como en el rol de seguridad protección e intervención, donde se ha destacado por su compromiso, disciplina y vocación de servicio.

En el 2013 llegó a laborar en el Escuadrón Móvil Antidisturbios, para esa época n.º 21, con sede en Palmira (Valle). En la actualidad es comandante de escuadra del Dispositivo Especializado de Intervención 2, del Grupo Diálogo y Mantenimiento del Orden n.º 12, en Buga, donde ostenta el grado de subintendente.





Vidas en peligro: Cauca, 2015

Corría el 2015 cuando nos enviaron a una finca conocida como Quebrada Seca, en Corinto (Cauca). El objetivo era apoyar el cumplimiento de una orden judicial de desalojo, en unos predios ocupados por vías de hecho por la comunidad indígena.

Cuando llegamos, tomamos nuestras posiciones, desplegados entre cañaduzales que ocultaban más tensión que sombra.



Fuente: galería pública de internet bajo principios de uso legítimo e ilustrativo. Referencia externa.

El sol todavía no alcanzaba su punto más alto cuando la reacción fue inmediata: piedras, machetes alzados y voladores que silbaban en el aire como advertencias mortales. “Esto no va a terminar bien”, pensé, mientras ajustaba mi casco y me refugiaba detrás del escudo. Conmigo estaban aproximadamente 50 policías, con quienes nos distribuimos estratégicamente para cubrir distintos puntos. Al principio nos aferramos a los protocolos: gases lacrimógenos para dispersar y voces firmes para ordenar el repliegue de la multitud. Pero cada minuto que pasaba, el número de personas aumentaba. Eran demasiados. “Nos están rodeando”, murmuró un compañero, y sentí cómo la piel se me erizaba bajo el uniforme.



Fuente: galería pública de internet bajo principios de uso legítimo e ilustrativo. Referencia externa.

El sonido seco de varias detonaciones nos heló la sangre. No eran voladores. Eran disparos. El eco del metal cortaba el aire. De pronto, un grito desgarrador nos partió el alma: “¡Me dieron! ¡Me dieron en la pierna!”. En ese momento vimos caer a un compañero. El impacto lo tiró contra el suelo. Antes de que pudiéramos reaccionar, la multitud lo rodeó.

Gritos, machetes en alto, manos que lo arrastraban sin piedad. Se lo estaban llevando. Esa impotencia es algo que nunca se olvida: ver a un hermano de armas ser arrebatado ante tus ojos y no poder alcanzarlo.

El caos se multiplicó. Avanzaban contra nosotros con machetes y palos, los gases ya no bastaban. Teníamos que retroceder. Corríamos y lanzábamos las últimas granadas de gas lacrimógeno, pero ellos no se detenían. En medio del repliegue, vi a tres compañeros perseguidos, casi acorralados por ocho hombres que blandían machetes. No lo pensé. Corrí hacia ellos. Dos granadas de gas salieron de mis manos con la urgencia de un último recurso. El humo abrió un pasillo de segundos, lo suficiente para escapar de la emboscada. “Vamos, vamos, no se detengan”, les grité con la voz quebrada por la adrenalina.

Ese día fuimos superados, debido a los pocos policías que había contra una multitud desbordada.

Sentí miedo, sí, pero más fuerte que el miedo fue la certeza de que cada paso en retirada era también un paso para salvar la vida de los que aún seguíamos en pie. Más tarde, una enfermera del Hospital de Miranda nos dio una noticia que nos devolvió el aire: el compañero herido había sobrevivido, los mismos captores lo habían llevado al hospital para curar sus heridas y así mantenerlo retenido, pero en ese lugar fue rescatado por los compañeros de la Estación de Policía, quienes lo sacaron a escondidas y lo llevaron con ellos, aunque con múltiples lesiones. Lo habían rescatado. Esa fue la única chispa de alivio en una jornada marcada por la rabia, la impotencia y el dolor.

La experiencia de Quebrada Seca en 2015 nos dejó cicatrices invisibles. Nos enseñó que, incluso en medio del odio y la violencia, debíamos mantener la calma, respetar los derechos humanos y no perder la humanidad. Pero también nos recordó la fragilidad de la vida: ese fino hilo que se puede romper en cuestión de segundos, entre una piedra que vuela, un machete que se alza o una bala que atraviesa la tarde. Aunque los años han pasado, todavía escucho aquel grito en mi cabeza: “¡Me dieron!”. Un eco imposible de olvidar.



Fuente: galería pública de internet bajo principios de uso legítimo e ilustrativo. Referencia externa.

ENTRE LLAMAS

El capitán Luis Henry Parra Rodríguez, quien nació el 9 de febrero de 1990 en Bogotá, ingresó a la Escuela de Cadetes de Policía General Francisco de Paula Santander, como parte del Curso 103 de Oficiales, del cual se graduó en el 2014. Posteriormente, fue designado a trabajar en la Metropolitana de Cali, donde fue subcomandante de las estaciones de Policía Nueva Floresta, La Flora y, luego, comandante de la Estación de Policía Viajes, en el grado de subteniente. Allí, en enero de 2017 se le ordenó realizar el curso de Manejo y Control de Multitudes, que culminó en marzo de ese año. Seguidamente, fue destinado a trabajar en el Escuadrón Móvil Antidisturbios n.º 15 de Medellín.

Allí llegó a ocupar el cargo de comandante de sección, y se convirtió en una pieza fundamental para el mantenimiento del orden tanto en el área metropolitana de Medellín como en los diferentes municipios y departamentos que conforman la Región de Policía 6. En el 2020 fue trasladado por su experiencia, capacidades y buen desempeño profesional a la Móvil Antidisturbios n.º 3 de Bogotá.



Capitán Luis Henry Parra Rodríguez





Entre llamas: Cali, mayo de 2021

Mayo de 2021 quedó marcado en la memoria de quienes estuvimos en el estallido social, entre el humo, el ruido ensordecedor y la incertidumbre de no saber si esa noche sería la última. Habíamos pasado días enteros enfrentando disturbios, con el cuerpo agotado y la mente atrapada en un cansancio que no solo era físico. La distancia de la familia, las escasas comodidades y el ruido constante de las órdenes por radio eran el telón de fondo de una rutina que se volvió una pesadilla interminable. Era la tarde del lunes 3 de mayo cuando la aparente calma se rompió.

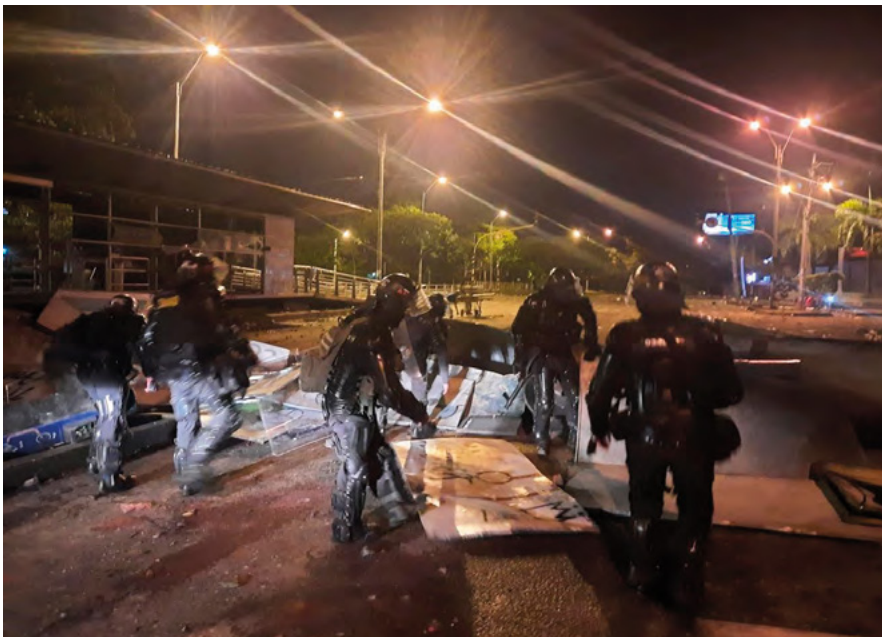
Custodiábamos un puente en las afueras de la ciudad y el silencio tenía filo. La radio crepitó con una urgencia que todavía me sacude el pecho: “¡Apoyo urgente en La Luna... el hotel está en llamas!”. No hubo tiempo para pensar. Pedí a los hombres que subieran: “Nos vamos ya.” Sentí la impotencia ardiendo en la garganta, pero la decisión fue más rápida que el miedo.

Llegamos a pocas cuadras, donde el aire ya sabía a plástico quemado. Cuadra a cuadra fuimos ganando

terreno. Desde los tejados bajaban piedras y el silbido de las balas cortaba el humo; a ratos, un estallido nos levantaba el corazón hasta la boca. Detrás del escudo, el miedo apretaba como un puño, pero la valentía empujaba las piernas hacia adelante. “Cada metro ganado cuesta demasiado”, me repetí. Así seguimos.

La fachada del hotel escupía chispas. En las ventanas, el fuego respiraba como un animal acorralado. Organizamos un corredor de escudos para sacar a los nuestros. “¡Vamos, uno por uno, no me suelten!”. Las sombras de los compañeros aparecían entre el humo con la piel tiznada, los ojos rojos, el pulso a galope. Alguien se aferró a mi antebrazo: “No nos dejen aquí”. Otro, apenas al cruzar, jadeó: “Gracias, hermano... pensé que no salía”. Nos cubrimos mientras el vidrio estallaba como granizo caliente sobre el asfalto.

A cada avance, la sed mordía más profundo. “Agua... solo un sorbo”, pidió uno con los labios partidos. El hollín nos pintaba la cara de negro y los morados asomaban bajo el uniforme. Cuando por fin evacuamos al último, el humo del vestíbulo ya se tragaba el techo.



Fuente: fotografía suministrada por Luis Henry Parra Rodríguez.

Habíamos cumplido el objetivo. Ordené replegar, aunque el cuerpo pedía caer de rodillas.

Salir de allí fue otra batalla: paso a paso, pegados a los escudos blindados, cubriendo todos los lados de donde nos pudieran atacar. En un cruce, una bala hizo vibrar el borde del escudo blindado; sentí el golpe en los huesos. “Sigamos adelante”, me dije. No paramos. Solo cuando alcanzamos un punto seguro me permití mirar alrededor: manos que temblaban, respiraciones a tirones, rostros ennegrecidos que apenas dejaban ver los ojos. Éramos sombras, pero sombras de pie.

Más tarde llegaron los videos: ráfagas desde techos, detonaciones a metros, destellos que parecían rozarnos otra vez.



Fuente: fotografía suministrada por Luis Henry Parra Rodríguez.

Volvió el escalofrío. No sé explicar por qué ninguno cayó grave; tal vez fue Dios o tal vez las súplicas de quienes nos esperaban en casa, que tejieron en la distancia un manto que el humo no pudo quemar.

En algún rincón oscuro, apoyado en una pared fría, pensé en mi familia. No grabé ningún audio, no quería que la angustia cruzara el teléfono. Cerré los ojos y prometí volver. Debía resistir un poco más, como quien enciende una vela dentro del pecho para que la noche no lo trague.

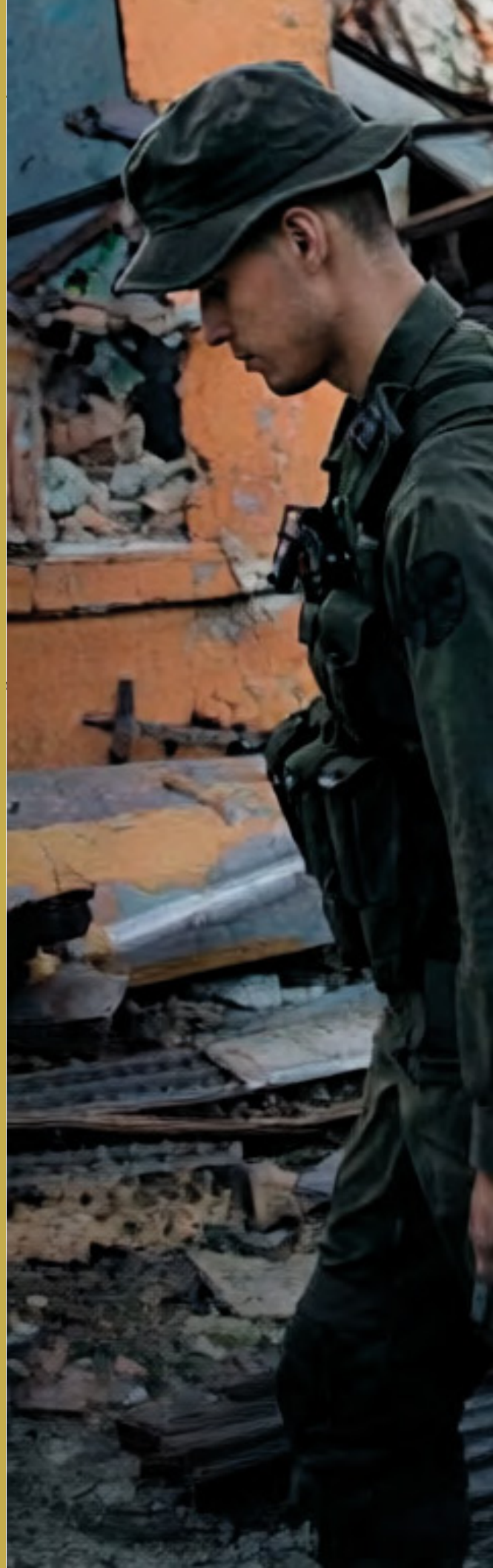
Cuando el amanecer insinuó su luz sobre la ciudad, el olor a quemado todavía se pegaba a la lengua. Caminé entre mis hombres y, uno a uno, les toqué el hombro. No hacía falta hablar. Habíamos salvado vidas en La Luna y, en medio del ruido y la furia, ese era el único descanso posible. Lo demás —el miedo, el cansancio, las heridas que no se ven— quedaría para después, cuando todo esto sea solo un recuerdo que todavía duele, pero que nos recuerda por qué seguimos: para que otros puedan vivir.



Subintendente **Jhon James Caro Atehortúa**

CON SE CUEN CIAS

Fuente: galería pública de internet bajo principios de uso legítimo e ilustrativo. Referencia externa.





En el 2004, Jhon James tomó la decisión de ingresar a la honorable institución policial, y fue admitido en la Escuela de Policía Carlos Eugenio Restrepo, en el municipio de La Estrella (Antioquia).

Este período de formación fue crucial para su desarrollo profesional, el cual le proporcionó una sólida base en las operaciones policiales y en el manejo de situaciones complejas.

En el 2005 se graduó como patrullero. Poco después fue designado al Escuadrón Móvil Antidisturbios de la Metropolitana del Valle de Aburrá en Medellín. Esta asignación fue un honor y una gran responsabilidad, ya que esa unidad era conocida por su papel crucial en el mantenimiento del orden público y en la gestión de situaciones de disturbios.

La experiencia le ha permitido desarrollar una comprensión profunda de las dinámicas sociales y el impacto de las acciones policiales en la comunidad. A lo largo de su carrera, ha mantenido un firme compromiso con los principios de justicia, integridad y servicio a la comunidad, valores que considera esenciales para cualquier miembro de la fuerza policial.

Consecuencias: Tierradentro (Córdoba), 2006

Todo comenzó con lo que parecía un procedimiento más: la captura de un hombre que transportaba un kilo de cocaína. No obstante, esa simple acción encendió una chispa que pronto se volvió incendio. La noticia corrió como pólvora. En cuestión de horas, el corregimiento entero de Tierradentro ardía en furia.

Atacaron la Estación de Policía: una estructura precaria, levantada con costales y garitas improvisadas, donde un pequeño grupo del Escuadrón Móvil de Carabineros resistía como podía.

Los gritos se mezclaban con piedras, disparos al aire y el estruendo de objetos ardiendo.

Cuando finalmente llegamos a Tierradentro, me encontré con un escenario que parecía sacado de una pesadilla: restos humeantes en las calles, ventanas destrozadas, miradas cargadas de rabia y desconfianza. El aire estaba impregnado de miedo y resentimiento. Uno de mis compañeros murmuró, con la voz interrumpida: “Aquí no hay calma... debemos estar preparados para lo peor”. Cuánta razón, porque pronto comenzaron a circular rumores que nos helaron la sangre: se decía que alrededor de doscientos guerrilleros, bajo el mando de un sujeto con el alias de ‘Manteco’, planeaban asaltar el pueblo para liberar al capturado. Cada palabra de esos rumores pesaba como una amenaza invisible. Nadie dormía tranquilo. Cada ruido en la noche parecía el inicio del ataque.

Recuerdo a un campesino que, con el rostro desencajado, nos susurró en medio de la oscuridad: “Se van a venir... son muchos, y vienen decididos. Ustedes no saben en lo que se metieron”. El miedo se sentía en los huesos, pero también la determinación. Como lo dicta nuestro Código de Ética Policial: “Tener valor y calma frente al peligro”, y eso fue lo que intentamos hacer: templar los nervios, mantenernos firmes.

La madrugada nos sorprendió con el rugido de un helicóptero Arpía, que se alzó en el cielo como un guardián de acero. En tierra, compañeros del

Escuadrón Móvil de Carabineros, armados con fusiles, se desplegaron con precisión. Cada hombre estaba en su puesto y cada mirada era fijada en ese horizonte que podía traer la muerte en cualquier instante. Entonces sucedió: el asalto comenzó.

Disparos, corridas, gritos. Desde las colinas descendían sombras armadas, buscando quebrarnos. Nosotros, con lo poco que teníamos —escudos, cuerpos, gases lacrimógenos— resistíamos con la certeza de que no podíamos ceder ni un paso. Mientras se cubría detrás de un muro improvisado, uno de los muchachos me gritó: —¡Nos rodean! —¡Mantengan la calma, nadie se quiebra, aquí resistimos todos!— respondí, aunque por dentro el corazón me golpeaba con furia.

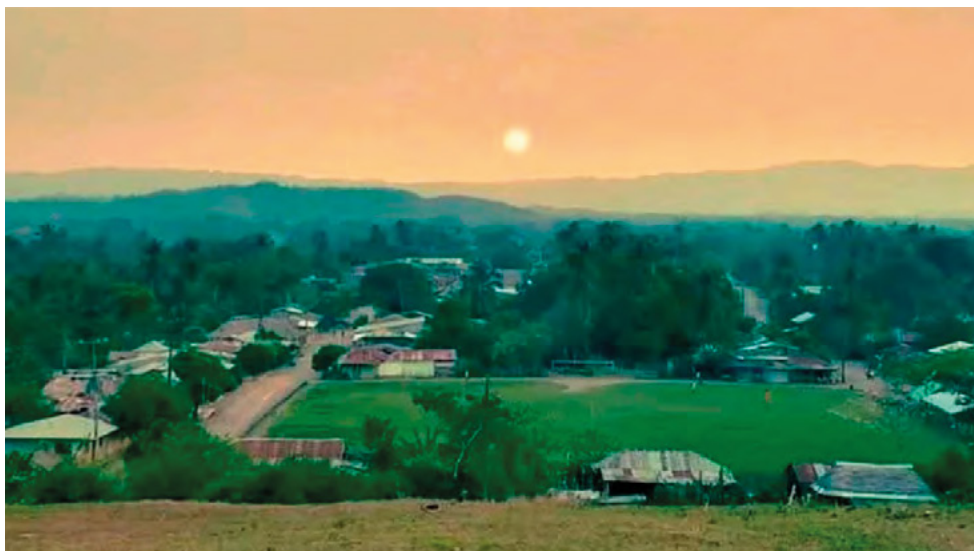
El ataque fue cruel, pero la respuesta fue más contundente. La coordinación entre el avión de combate Arpía, desde el cielo, y quienes estábamos en tierra quebró el impulso de los atacantes. Poco a poco, el estruendo fue menguando hasta que lo único que quedó fue un silencio pesado, apenas roto por nuestras respiraciones agitadas. Cuando la calma se puso sobre esta tierra hostil, logramos regresar a Montería sin bajas, sin que la tragedia se consumara. Sin embargo, en el fondo sabíamos que no habíamos salido ilesos: cada uno de nosotros llevaba una marca de lo vivido en la mirada, en el recuerdo, en el alma.

Lo ocurrido en Tierradentro no fue un procedimiento más. Fue un recordatorio brutal de lo frágil que es el equilibrio en esas zonas olvidadas por el Estado. Apenas llevaba un año en la institución y ya me enfrentaba a la crudeza de intentar mantener el orden público en un pueblo sometido a la precariedad y al miedo.

Las calles, polvorientas y apenas iluminadas por canecas de brea encendida, reflejaban el abandono y la incertidumbre de una comunidad obligada a convivir con la violencia. Con lo mínimo, habíamos defendido no solo una Estación de Policía, sino algo mucho más grande: la esperanza, porque esa noche, pese al miedo y la desventaja, entendí que nuestro deber no es solo resistir la violencia, sino recordarle a la gente que no están solos.

¡Pero la calma duró poco!

Apenas una semana después, la sombra volvió a cernirse sobre Tierradentro. Los subversivos regresaron, esta vez con una furia desmedida. El ataque cayó sobre lo que quedaba de la Estación de Policía: un asalto brutal, inesperado, devastador. Un compañero me conto que recuerda ese día como si aún lo estuviera viviendo. El rugido de los disparos rompió el aire, las explosiones sacudieron la tierra y, en medio del caos, la estación se convirtió en un infierno. No tuvieron tiempo de reaccionar, apenas de resistir, pero esto costó demasiado. Dieciséis compañeros policías dieron la vida en aquel ataque. Dieciséis héroes que no se rindieron, que se aferraron a su misión hasta el último aliento. Sus nombres quedaron grabados en la memoria de todos, como un eco que jamás se apaga.





Intendente **Andrés Felipe Alfonso Martínez**

Libertad

Andrés Felipe Alfonso Martínez es un miembro destacado de la Policía Nacional, perteneciente al Grupo de Diálogo y Mantenimiento del Orden desde el año 2010. Durante su trayectoria, ha desempeñado diversas funciones, destacándose por su compromiso y entrega al servicio.

Desde ese momento, ha venido ejerciendo funciones como comandante de escuadra y, en algunas ocasiones, como comandante del Dispositivo Especializado de Intervención, cuando así lo han dispuesto las necesidades del servicio y el mando institucional. Se ha destacado por su participación activa en distintos escenarios de protesta social a nivel nacional, cubriendo tanto zonas urbanas como rurales.

Fuente: fotografía tomada por Andrés Felipe Alfonso Martínez.





Libertad: Tarazá (Antioquia), 2018

Era el 23 de diciembre de 2018. Mientras muchos en el país preparaban la Navidad, yo formaba parte de la Cuarta Sección de la Móvil Antidisturbios n.º 15, adscrita a la Metropolitana del Valle de Aburrá, en Medellín. Nuestra misión no tenía luces ni villancicos: estábamos en Tarazá (Antioquia) apoyando operaciones contra el narcotráfico en la Dirección de Antinarcóticos de la Policía Nacional, y ejecutando planes de prevención. El aire estaba cargado de tensión. Nadie lo decía, pero todos lo sentíamos.

Ese día, hombres de un grupo operativo de la Policía Nacional realizaba operaciones en Puerto Valdivia para ubicar y destruir laboratorios de cocaína.

Nosotros permanecíamos atentos en la base militar de Piedras, listos para entrar en acción si algo se salía de control. Así fue.

A las 10:00 de la mañana, el intendente Julián Rivera, comandante de nuestra sección, recibió la orden que nos puso en alerta máxima: “Muchachos, alisten equipo. La situación se complicó, la comunidad está enardecida... nos necesitan en el área”. La información era clara: grupos delincuenciales habían manipulado a la comunidad para que actuara en contra de los compañeros, cuyos golpes a los laboratorios habían tocado intereses oscuros. Lo que empezó como un operativo técnico se estaba transformando en una trampa mortal. El apoyo aéreo llegaba desde Caucasia en un helicóptero UH-60 Black Hawk, que transportaba un grupo del Escuadrón Móvil Antidisturbios.

Desde el aire intentaron disuadir a la multitud que comenzaba a rodear a los compañeros del grupo operativo. Pero el destino es caprichoso: un accidente dentro de la aeronave hizo que se accionara un fusil lanza gas, liberando el humo que contenía agente químico dentro del helicóptero. Imagínense la escena: la cabina llena de gas, los pilotos luchando contra el ardor en los ojos y la dificultad para respirar, tratando de no perder el control. Aun así, lograron aterrizar sin

contratiempos. Fue un milagro.

Minutos después, otra aeronave fue enviada desde Tarazá. En tierra, el intendente Rivera reunió a la tropa. “Selecciono doce hombres y una mujer para ingresar. La comunidad retuvo a los compañeros del grupo operativo en Raudal Viejo. Esto es zona roja.

Si entramos, lo hacemos con cabeza fría y el corazón firme. ¿Entendido?”. Asentimos en silencio. Nadie preguntó nada. Ya sabíamos lo que significaba.

El vuelo duró unos quince minutos. Desembarcamos en un potrero cercano, con el ruido de las aspas alejándose y dejándonos en medio de la incertidumbre.

Avanzamos un kilómetro guiado por la aeronave que sobrevolaba el área. A cincuenta metros del punto de retención, nos encontramos con un muro humano: cerca de doscientas personas nos bloqueaban el paso, gritando, amenazando, negándose a dejarnos pasar.

Intentamos dialogar durante largos minutos: “No venimos a atacar a nadie, venimos por nuestros hombres. Déjenos hablar, evitemos una tragedia”. Pero la respuesta fue hostil, tajante. Entonces, la tensión subió de nivel: uno de los compañeros retenido fue autorizado a descender hacia nosotros. Traía un mensaje desesperado: “Debemos retirarnos. Si no llega un negociador del Gobierno Nacional, nos matan. Esa es la condición”. Para nuestra sorpresa, aquel comando era compañero y amigo del intendente Rivera — nuestro comandante—. Ese detalle cambió todo. Lo vi mirarlo a los ojos y, con voz firme, le dijo: “Curso, cuando acciones esta granada, entro por ustedes”. Era una Mini Bang 7290M de luz y sonido.

El comando la recibió con las manos temblorosas y regresó con los suyos. No pasaron dos minutos cuando escuchamos la detonación retumbar como un trueno en la selva. “¡Vamos, ahora!” —ordenó el intendente Rivera. Corrimos hacia adelante. La conmoción nos abrió un pasillo. Encontramos a los comandos, quienes aprovecharon la confusión para escapar. Pero el caos no había terminado. A unos cincuenta metros del

punto, un hombre armado con machete se abalanzó contra uno de ellos, buscando el cuello. El compañero alcanzó a agacharse y el machete rebotó en su casco Kevlar —usado por los compañeros del grupo operativo—. Yo reaccioné instintivamente: disparé con mi lanzador de munición de 37 mm, cargado con un cartucho de impacto —que contiene elastómeros de goma—. El sonido solo asustó al agresor, quien giró hacia mí y vino directo con el machete en alto.

No tuve tiempo de recargar. Alcé mi brazo izquierdo y el golpe dio contra el protector corporal, retumbando con una fuerza que me dejó entumecido. Con la mano derecha, logré arrebatarle el machete. El sujeto huyó entre la multitud. Protegimos a los compañeros y comenzamos la retirada hacia el punto de extracción. La comunidad, furiosa, nos lanzaba piedras, palos, objetos de todo tipo. Resistimos en posición de control varias horas, hasta que la multitud comenzó a dispersarse.

Cuando pensábamos que lo peor había pasado, desde un cerro cercano se escucharon ráfagas de fusil. Por radio, la advertencia fue clara: “Grupo armado ilegal en desplazamiento hacia su posición. Manténganse firmes. Apoyo en camino”. El Ejército interceptó sus comunicaciones y salió a su encuentro. Hubo combate en la distancia, pero lograron contener el avance.

A las 9:30 de la noche, un helicóptero nos extrajo de vuelta a la base militar de Piedras. Íbamos exhaustos, cubiertos de sudor, con los corazones latiendo como tambores. Pero habíamos cumplido: rescatamos a nuestros hermanos y regresamos todos con vida. Esa noche no hubo cena de Navidad ni villancicos. Solo el silencio de hombres que sabían que habían mirado de frente al peligro y lo habían vencido, al menos por ese día.



Fuente: fotografía tomada por Andrés Felipe Alfonso Martínez.

CALIPSO

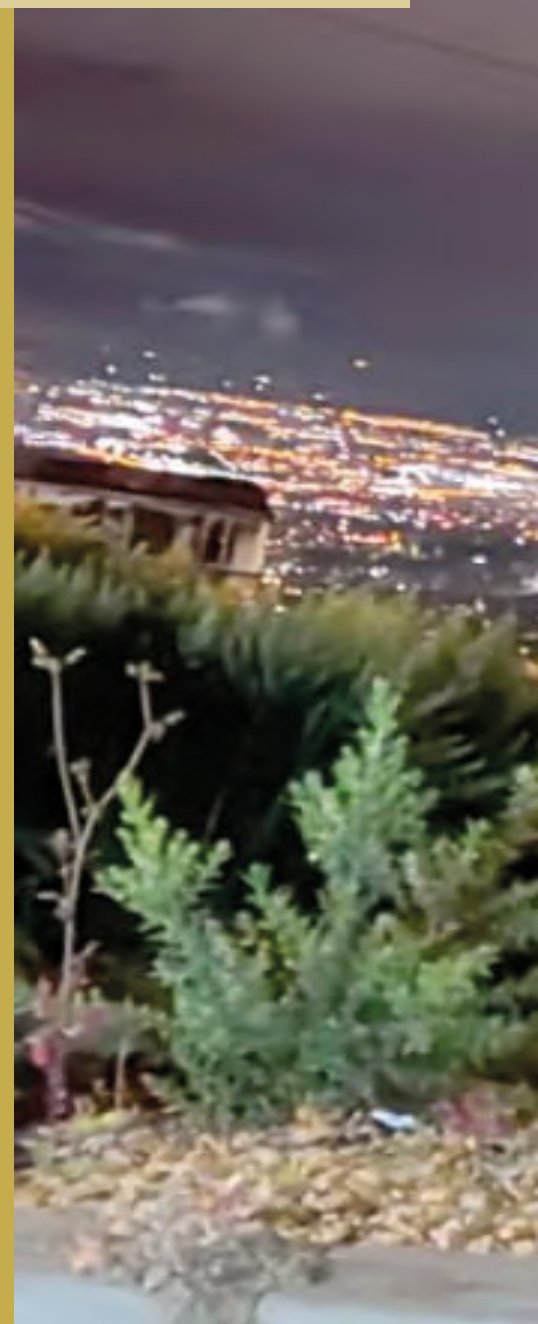
Eucario ingresó en el 2018 a la Escuela de Carabineros Alfonso López Pumarejo, donde realizó el curso de patrullero. Esa graduación no fue solo un logro personal, fue una victoria de familia, una prueba de que la resiliencia puede superar cualquier obstáculo. El primero de mayo de 2019 fue asignado al Escuadrón Móvil Antidisturbios n.º 21, sede Valledupar, a donde llegó con ilusión y la firme convicción de servir al país.

En marzo de 2022, con el deseo de estar más cerca de la familia, solicitó traslado al Escuadrón Móvil Antidisturbios n.º 17 en Medellín, donde asumió varios roles y fortaleció sus capacidades operativas y de liderazgo en múltiples intervenciones metropolitanas.

Con la transformación institucional y la creación de la Unidad de Diálogo y Mantenimiento del Orden (UNDMO) en el 2024, tomó con orgullo el rol de gestor de diálogo, convencido de que la empatía y la palabra pueden prevenir la violencia. Este nuevo rol le permitió al patrullero Chavarría consolidar una visión más humana del servicio policial, con la premisa de que el diálogo es una herramienta poderosa para construir paz en medio de la adversidad.



Patrullero **Eucario Antonio Chavarría Chavarría**





Calipso: Cali, mayo de 2021

En medio del estallido social del 2021, los días se habían teñido de un odio visceral hacia la Policía. Ser uniformado significaba convertirse en blanco no solo de piedras y bombas incendiarias, sino también del resentimiento acumulado. El 3 de mayo de 2021, Cali amaneció con un aire denso, casi irrespirable, como si la ciudad misma presintiera lo que estaba por ocurrir.

Con la sección 2 del Escuadrón Móvil Antidisturbios n.º 21 nos desplegamos en el puente de la Resistencia, cerca del Éxito de Calipso. El murmullo de la multitud ya se sentía. Alguien entre nosotros dijo con voz quebrada: “Hoy esto no pinta bien, mi capitán, la gente está cada vez más rabiosa”. Yo guardé silencio, porque por dentro sabía que tenía razón.

A las 7:00 de la mañana, el estruendo de piedras contra los escudos anunció el inicio de los disturbios.

Una multitud de personas avanzaban con odio en los ojos, y no tardaron en destrozar las estaciones del Sistema Integrado de Transporte MIO. El humo, las sirenas y los gritos se mezclaban en una sinfonía caótica. Recuerdo que un compañero murmuró mientras contenía la línea: “¿Y si no regresamos hoy?”. Le respondí sin mirarlo, tratando de aferrarme a la firmeza: “Aguante, hermano, tenemos que resistir”.

El mediodía nos sorprendió exhaustos. Las noticias falsas corrieron como pólvora y el ambiente se encendió con furia. Tuvimos que replegarnos dentro del Éxito, refugiándonos junto con el Ejército y otros policías. Era un encierro asfixiante, como estar atrapados en una olla de presión a punto de estallar.

En la penumbra del supermercado, un silencio tenso nos envolvía, roto solo por las detonaciones lejanas y las súplicas de algunos vecinos que imploraban que aquello terminara.

La tarde avanzó, pero con la caída de la noche todo empeoró. Las personas que manifestaban se multiplicaron, la rabia creció y el odio se volvió

palpable. A las 11:30 de la noche, cuatro de mis compañeros cayeron heridos por arma de fuego.

Sus quejidos resonaban en mis oídos como un eco insoportable. Uno de ellos me tomó del brazo y balbuceó: “No me deje morir aquí...”. Ese ruego me atravesó el pecho como una daga. A la 1:00 de la madrugada del 4 de mayo, lanzamos gases lacrimógenos, intentando dispersar la multitud. Fue inútil. La resistencia era descomunal. Entonces lo vi: un compañero de vigilancia caído, rodeado por hombres que lo golpeaban con furia, lanzándole objetos y hasta bombas molotov. No pensé, simplemente actué. Utilicé unas granadas de gas lacrimógeno que tenía en mi bolso para abrirme paso y corrí hacia él. Escuché a alguien gritar: “¡Lo van a matar, sáquelo ya!”.

Lo alcancé, lo tomé de los brazos y lo arrastré entre el fuego y la rabia. Los golpes cayeron sobre mí como martillazos: sentí un estallido en el labio, un ardor punzante en la espalda, y luego, la multitud me tragó en un mar de golpes hasta que el mundo se volvió negro. Desperté horas después, en la penumbra fría de una clínica de Cali. Una enfermera me dijo con voz baja: “Lo tuvieron que operar, perdió mucha sangre”. Sentí mis labios cosidos, mi espalda entumecida, y el dolor se volvió mi única certeza. Siguiéron días en los que el dolor físico competía con el peso de los recuerdos: los gritos, los disparos, el olor del humo, los ojos de mis compañeros al borde de la muerte.

Cuando intenté reincorporarme, ya en Buga, una parálisis parcial deformó el lado derecho de mi rostro.

Al verme en el espejo por primera vez, murmuré con rabia y tristeza: “Ni siquiera mi sonrisa me dejaron”.

Fueron tres meses de terapias dolorosas, de lágrimas escondidas y de noches en las que me preguntaba si valía la pena tanto sacrificio. La fragilidad de la vida me enseñó a valorar cada instante, cada gesto, cada palabra. Aunque las cicatrices quedaron grabadas en mi cuerpo y en mi rostro, mi espíritu se endureció.

Hoy, al mirar atrás, entiendo que cada episodio vivido fue un peldaño hacia una nueva forma de servir. Convertirme en gestor de diálogo fue más que un cambio de función: fue un renacer. Descubrí que la palabra, la empatía y el respeto pueden detener una guerra que las armas nunca lograrán. A pesar de que todavía cargo con las sombras de aquella noche, también llevo conmigo la certeza de que incluso en el dolor más profundo, se puede sembrar esperanza.



Fuente: galería pública de internet bajo principios de uso legítimo e ilustrativo. Referencia externa.

Alcanzado por el fuego



Subintendente **Nelson Usaquén López**

Nelson ostenta actualmente el grado de subintendente de la Policía Nacional, lleva 13 años sirviendo en la especialidad antidisturbios. Durante este tiempo ha sido reconocido con cinco menciones honoríficas, 48 felicitaciones, la medalla de servicios de 15 años, la condecoración por servicios distinguidos y los distintivos de seguridad ciudadana y del Escuadrón Móvil Antidisturbios.

Es bogotano, tiene 41 años, y mira hacia atrás con gratitud por el camino recorrido. Entró a la Policía Nacional en el 2009, a la Escuela de Policía Carlos Holguín Mallarino, donde se graduó como patrullero del nivel ejecutivo en diciembre de ese mismo año. Los primeros servicios los prestó en la Metropolitana del Valle de Aburrá, donde entendió el verdadero peso del uniforme.

En el 2013, su vida dio un giro decisivo: pasó a ser parte del Escuadrón Móvil Antidisturbios, curso 022. Desde ese instante, su historia se unió a la de miles de hombres y mujeres que, con disciplina y valor, atienden los escenarios más complejos de la protesta social en el país. A lo largo de estos años ha recorrido buena parte del territorio nacional, en medio de paros, movilizaciones y tensiones sociales que han puesto a prueba no solo su formación táctica, sino también





su temple y humanidad, en medio de mingas indígenas, paros petroleros, agrarios, de camioneros, cocaleros y mineros, así como en los estallidos sociales de 2019 y 2021, momentos que marcaron la historia reciente de nuestro país. Allí, en medio del humo, los gritos y la tensión, afirma que su papel no es sencillo: deben garantizar el derecho a la protesta, pero también preservar el orden y proteger la vida.

Esta es su historia, la de un policía que eligió servir con firmeza, pero también con humanidad, convencido de que cada día en el uniforme es una oportunidad para honrar al país.

Alcanzado por el fuego: Facatativá (Cundinamarca), 2021

El 29 de abril de 2021 amaneció como un día cualquiera dentro de la rutina que vivíamos en la especialidad antidisturbios, aunque en el ambiente se respiraba algo distinto. El país entero estaba encendido tras el inicio del paro nacional un día antes. Desde muy temprano habíamos llegado a trabajar; las instrucciones eran claras: la ciudad estaba convulsionada.

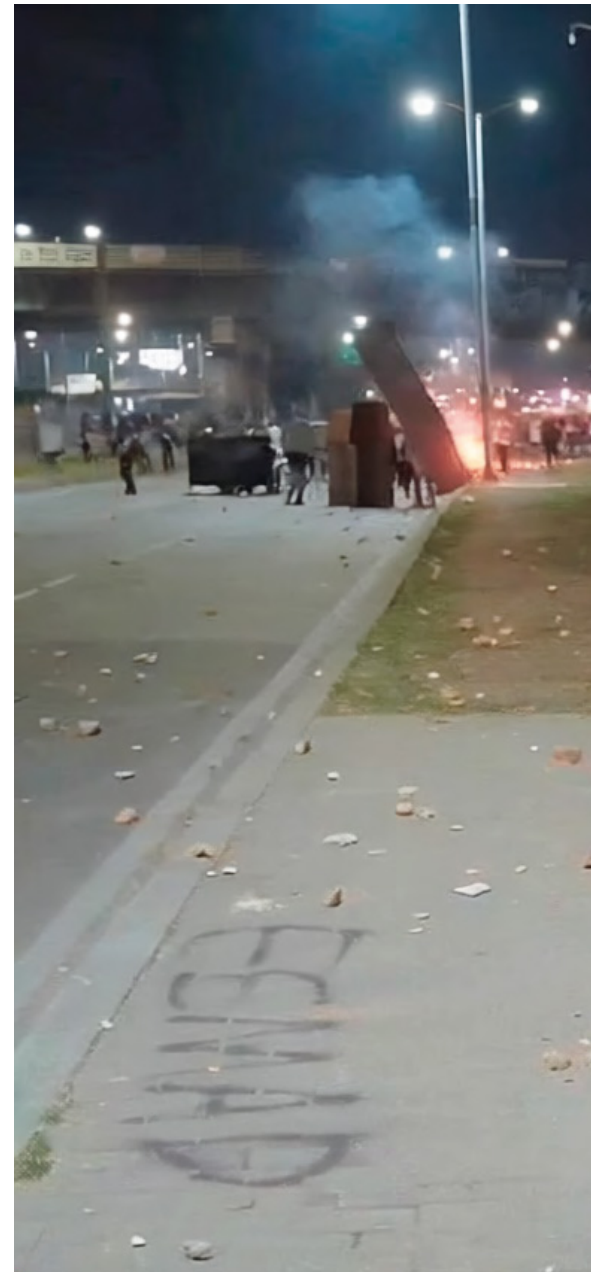
Saqueos, estaciones destruidas, transporte paralizado... un caos que apenas comenzaba. A eso de las 8:30 de la mañana, llegamos con mi escuadra a la glorieta de Cartagenita, en la vía Bogotá-Facatativá. Allí, el bloqueo llevaba más de veinticuatro horas: más de quinientas personas impedían el paso, entre ellas encapuchados que no dejaban circular ni siquiera ambulancias. El panorama, al llegar, fue contundente: una vía sitiada, vehículos detenidos y un aire cargado de tensión.

La multitud se tornó más hostil. Los objetos comenzaron a llover sobre nosotros: piedras, palos y explosivos artesanales.

Los gritos se mezclaban con el humo y la confusión. En medio de la maniobra, lancé un cartucho de gas lacrimógeno hacia la parte trasera de la multitud, buscando dispersarlos.

Fue entonces cuando todo cambió en un segundo. Entre la cortina de gas, alguien logró burlar la línea y me lanzó una bomba molotov. No alcancé a verla venir. Solo escuché el estallido en mi casco y, de inmediato, el fuego. Las llamas me envolvieron el rostro y el pecho. No podía ver, no podía respirar. El instinto se apoderó de mí: corrí hacia atrás, hacia donde sabía que estaban mis compañeros. El tiempo se volvió eterno. Sin pensarlo, mi compañero, el patrullero Chalacán, accionó el extintor contra mí, mientras otros intentaban sofocar las llamas que me cubrían. El pánico me paralizaba por dentro, y por un instante sentí un miedo real y desgarrador a morir quemado allí mismo, en plena vía pública.

Cuando lograron apagar el fuego, el enfermero de la sección me revisó de inmediato. Su diagnóstico fue un alivio: no tenía quemaduras graves ni lesiones irreversibles. Apenas lo escuché, solté un suspiro que no olvidaré jamás. Pero



no había forma de evacuar. Los manifestantes no dejaban pasar ninguna ambulancia ni vehículo. Estábamos atrapados. Aun así, permanecí en pie. Mi cuerpo temblaba, mis sentidos seguían alterados, pero mi deber me sostenía. Ese día —entre humo, fuego y miedo— comprendí, con más claridad que nunca, el verdadero significado de servir. No es solo portar un uniforme ni recibir órdenes ni ejecutar maniobras. Es estar dispuesto a darlo todo, incluso la vida, en defensa de la tranquilidad de los demás.

Hoy, cuando cierro los ojos y revivo ese instante en que el fuego me envolvió, lo recuerdo no como un momento de debilidad, sino como la prueba más dura que me confirmó mi vocación. Estoy orgulloso de pertenecer a esta Institución.





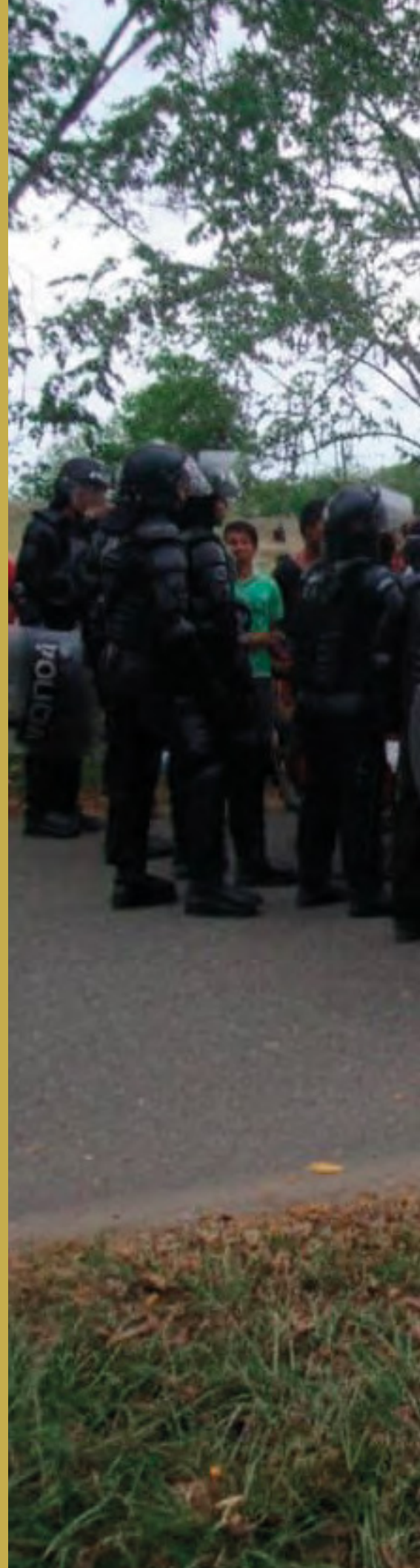
Intendente **Luis Carlos Rodríguez Caballero**

Los ocho de Castilla

Intendente Luis Carlos Rodríguez Caballero inició su carrera policial el 15 de enero de 2009, cuando ingresó a la Escuela de Policía Antonio Nariño, en Barranquilla. Tras completar su formación, egresó el 15 de octubre del mismo año con el grado de patrullero. Su primera asignación laboral fue en Cartagena, donde prestó servicio durante tres meses.

En enero de 2010, ingresó a la Unidad de Diálogo y Mantenimiento del Orden (UNDMO), donde desempeñó funciones operativas en distintos lugares del país. A lo largo de su trayectoria, ha integrado unidades en Valledupar, Bogotá y Barranquilla, participando en múltiples procedimientos relevantes. Entre las intervenciones más destacadas de su carrera se encuentran las operaciones desarrolladas en La Loma, en el departamento del Cesar; Florencia, Caquetá; y el corregimiento de Castilla, en el Tolima, donde su labor operativa y su compromiso institucional quedaron especialmente evidenciados.

A lo largo de los años, Luis Carlos ha mantenido una trayectoria caracterizada por el profesionalismo, la disciplina y el servicio a la comunidad, consolidándose como un funcionario dedicado al mantenimiento del orden y la seguridad ciudadana.





Los ocho de Castilla: Castilla (Tolima), 2013

En el 2013, Colombia enfrentaba un periodo especialmente tenso debido al paro campesino que llevaba casi tres meses afectando al país. Las manifestaciones habían bloqueado múltiples vías principales, paralizado el tránsito y obligado a las unidades del Escuadrón Móvil Antidisturbios a recorrer grandes distancias para contener la situación. La segunda sección de la Móvil 5 de Barranquilla no fue la excepción: después de semanas de desplazamientos y cansancio acumulado, llegamos a las cercanías de San Luis, en el Huila. Allí, en medio de un ambiente que parecía finalmente tranquilizarse, todos permanecíamos alerta ante cualquier eventualidad.

Sin embargo, esa calma se rompió el 20 de agosto.

Recuerdo que miré mi reloj y eran las 3:00 de la tarde cuando el capitán Henry Eduardo Ávila López —a la fecha de hoy coronel— recibió una llamada del teniente coronel Nelson



Fuente: galería pública de internet bajo principios de uso legítimo e ilustrativo. Referencia externa.

Quiñones, subcomandante del Departamento de Policía Huila, quien le manifestó que en el corregimiento de Castilla (Tolima) veinte policías intentaban contener a unos quinientos campesinos que avanzaban desde Chaparral, con la intención de bloquear la vía que conectaba al departamento del Huila con el del Tolima. La situación era grave: el personal estaba exhausto, había heridos y el riesgo de perder el control era inminente. La única forma de llegar a tiempo era por vía aérea, pero solo se disponía de un helicóptero con capacidad para transportar a ocho hombres.

El capitán Ávila aceptó la misión sin dudar. Nos reunió, explicó la situación con calma y pidió voluntarios para acompañarlo en la aeronave —mientras el resto viajaría por tierra durante tres horas—. Siete hombres levantamos la mano de inmediato; solo podíamos ir esos. Sabíamos que el helicóptero no solo transportaría a ocho uniformados, sino también una enorme responsabilidad.

Tras media hora de vuelo, el grupo se acercó a Castilla.

Desde el aire observamos la magnitud del problema: la vía bloqueada por barricadas, llantas ardiendo, humo elevándose al cielo y una multitud ocupando las calles. Aun así, los ocho policías estábamos decididos a cumplir la misión. Aterrizamos en una cancha donde dos compañeros, agotados y nerviosos, nos indicaron hacia dónde debíamos correr. Así lo hicimos. Al llegar al punto del bloqueo, encontramos a los pocos policías que todavía resistían, protegidos con un escudo que parecía insuficiente frente a la agresividad de la multitud. Al ver nuestra llegada como refuerzo, gritaron con alegría, recordándonos por qué estaban allí. Inmediatamente, los ocho tomamos posición, recibiendo una ofensiva aún más intensa de parte de los manifestantes.

El terreno dificultaba cada movimiento: el suelo estaba cubierto de piedras que hacían complicado avanzar. Pero retroceder no era una opción. Motivados por la responsabilidad y la necesidad de proteger a sus

compañeros y a los habitantes de Castilla, avanzamos paso a paso, empujando a los manifestantes hasta despejar la vía nacional. Aun así, queríamos ir más allá: liberar completamente el corregimiento.

Avanzamos alrededor de un kilómetro mientras recibíamos impactos que traspasaban incluso partes de nuestro equipo de protección. El cansancio dejó



Fuente: galería pública de internet bajo principios de uso legítimo e ilustrativo. Referencia externa.

de importar; lo esencial era restablecer el orden y brindar seguridad a la comunidad. Finalmente, ya entrada la noche, los campesinos entendieron que la determinación de los hombres del Escuadrón Móvil Antidisturbios superaba su ofensiva y se detuvieron para dialogar. La conversación fue aceptada con cautela y lograron que los manifestantes se retiraran hacia Chaparral.

Con el conflicto controlado, el capitán Ávila nos dirigió a Castilla. Llegamos exhaustos, golpeados, pero con la satisfacción de haber cumplido la misión. Poco después arribó el resto del personal de la sección, que había viajado por tierra. Esa noche dormimos con una mezcla de alivio y fatiga. Sin embargo, al día siguiente, antes de terminar de recuperarnos, recibimos nuevas instrucciones: otra comunidad necesitaba apoyo, por lo que debíamos partir nuevamente.

Acercamiento
a la comunidad

Sembrando Servicios

Egresado de la Escuela de Policía Eduardo Cuevas, promoción 2006. Su carrera comenzó en el Departamento de Policía de Boyacá, luego pasó por el Fondo Rotatorio de la Policía y la Metropolitana de Bogotá. Con el tiempo y con el firme propósito de seguir creciendo, se formó como tecnólogo en Gestión Empresarial y en el 2021 realizó el curso de Control de Multitudes y Disturbios para la Seguridad Ciudadana. Desde entonces fue asignado a la antigua Móvil Antidisturbios n.º 1, donde asumió la responsabilidad de comandante de dispositivos, liderando al personal en diferentes servicios y procedimientos de control de disturbios, tanto en Bogotá como en otras regiones del país.

Mi labor no se ha limitado al orden público; en la Unidad de Diálogo y Mantenimiento del Orden he tenido el privilegio de encabezar acciones que buscan fortalecer la confianza entre la institución y la comunidad.

Creo firmemente que nuestro trabajo no solo se mide en intervenciones, sino también en la capacidad de acercarnos a la gente, de escucharlos y tender la mano en los momentos más difíciles. Uno de esos momentos lo viví el 26 de enero de 2024, cuando Bogotá atravesaba una calamidad pública a causa de los incendios forestales en los cerros orientales. Ese día gestionamos, junto con el gremio de comerciantes del sector de San Victorino de Bogotá, la donación de más de cinco mil botellas de agua.



Intendente **Fabio Andrés Rodríguez Padilla**



Ese aporte permitió hidratar a Bomberos, Defensa Civil, Policía Nacional, Ejército, Fuerza Aérea y demás entidades distritales que, sin descanso, luchaban contra las llamas en medio de altas temperaturas. Fue un ejemplo de que la unión entre instituciones y comunidad logra lo imposible.

También he tenido la satisfacción de liderar actividades de acercamiento social. El 9 de mayo de 2025, nuevamente en coordinación con comerciantes del sector de San Victorino, acompañamos a 43 niños y niñas, junto con 22 madres de familia de la Fundación Dando con el Corazón, de la localidad de Engativá, a un día de esparcimiento en el Parque Mundo Aventura. Niños hijos de familias de bajos recursos, quienes por un instante dejaron atrás la dureza de su realidad para entregarse a la risa, los juegos y la ilusión. Como líder, me enorgulleció ver a mi personal comprometido en la entrega de refrigerios y en la recreación.

Esa jornada incluso tuvo eco en medios nacionales como el *Canal RCN*.

Cada experiencia, desde los servicios más exigentes en la calle hasta las jornadas de acercamiento comunitario, me ha reafirmado que ser policía no es solo portar un uniforme.

Es servir con el corazón firme, liderar con ejemplo y construir lazos de confianza que, en los momentos más críticos, nos recuerdan que todos hacemos parte de la misma comunidad.



Fuente: fotografía suministrada por Fabio Andrés Rodríguez Padilla.



Al servicio de los demás

Leva catorce años recorriendo más de diez departamentos del país, en los cuales, en cada paso, ha cargado mucho más que un uniforme: “He llevado conmigo el compromiso, el amor y la esperanza que me impulsan cada día. Mi trabajo con niños con discapacidades me ha abierto las puertas al corazón de sus familias, esas familias que enfrentan, en silencio, retos que pocos imaginan. Más que un apoyo físico, esta misión es un acto de solidaridad viva, de inclusión y de afecto genuino. Mi mayor deseo es que cada niño se sienta visto, valorado y acompañado en su camino hacia la felicidad”.

También ha tendido la mano a madres gestantes en condiciones de vulnerabilidad, muchas de ellas solas, quienes enfrentan entornos marcados por la indiferencia y la falta de empatía en sus hogares. A los Territorios ha llegado con mensajes de apoyo, asistencia y la presencia de la institución, porque sabe que una palabra de aliento puede transformar un destino. Estas acciones nacen de su convicción de que servir no es solo una obligación, sino una vocación que se ejerce desde el corazón. Por eso, trabaja para que la Policía sea cercana, empática y humana, creando espacios de visibilidad y acompañamiento para quienes más lo necesitan.

Cada jornada la convierte en una oportunidad para enseñar, aprender y transformar, porque cuando se siembra con amor, se cosecha un futuro: un futuro más justo, inclusivo y solidario.



Patrullera **María Olga Alzate Barbosa**



Con profundo sentido de responsabilidad social, y siempre bajo el marco de la legalidad, se busca mejorar vidas de personas vulnerables desde lo más esencial: alimentación, salud, vivienda y acceso a la educación.

Este trabajo es la expresión más pura de su vocación: servir con humanidad y, junto con muchos corazones solidarios, construir un mañana con esperanza.

Emiliano, una visita que tocó mi corazón: Bello (Antioquia)

Quiero compartir una historia que me marcó profundamente. Emiliano tenía apenas cuatro años y vivía bajo el cuidado amoroso de su abuela materna. Nació con una condición especial, pues llegó a este mundo sin sus cuatro extremidades. Sin embargo, nada de esto ha sido un impedimento para que este pequeño guerrero irradie ternura, fuerza y una sonrisa que inspira a todos los que lo rodeamos.

Conmovidos por su historia, en la Estación de Policía de Bello (Antioquia) organizamos una actividad

especial para brindarle un día inolvidable. Recuerdo el momento en que Emiliano y su abuela llegaron a nuestras instalaciones: los esperábamos con los brazos abiertos y el corazón dispuesto a compartir.

Durante su visita, le entregamos una silla adaptada a su condición, para darle mayor movilidad y comodidad en su día a día, además de artículos lúdicos para estimular su desarrollo mental, así como elementos de aseo personal, un mercado con productos de primera necesidad y, sobre todo, un espacio lleno de cariño, alegría y respeto.

Ese día se convirtió en un momento emotivo para todos. La mirada curiosa de Emiliano, su entusiasmo y la gratitud de su abuela nos recordaron el verdadero valor de servir. Porque más allá de entregar ayudas, lo importante fue llegar al corazón de una familia que lucha con valentía, demostrando que, aun en medio de las dificultades, el amor y la esperanza siguen siendo los pilares más poderosos.

En 2021, Colombia atravesaba uno de los momentos más complejos de su historia reciente: el estallido social. Las tensiones se sentían en cada rincón del país, y muchas instituciones, incluida nuestra Policía Nacional, enfrentábamos estigmatización y rechazo. Sin embargo, en medio de esa incertidumbre, mi compromiso con las comunidades más vulnerables seguía firme.

Recuerdo claramente aquel día en que emprendí un viaje desde Medellín hacia Pereira para encontrarme con un grupo de madres gestantes en condiciones de vulnerabilidad. A pesar del contexto, decidí viajar uniformada, llevando conmigo no solo ayudas materiales, sino también un mensaje de solidaridad, respeto y acompañamiento. Estas madres, muchas de ellas cabeza de hogar, enfrentaban necesidades urgentes: elementos de aseo personal, ropa, productos de la canasta familiar y artículos indispensables para la llegada de sus bebés. Consciente de ello, organicé una jornada humanitaria en la que también entregamos útiles escolares y kits de aseo para los niños y niñas de la comunidad.



Fuente: Fotografía tomada por María Olga Alzate Barbosa

Recuerdo que, debido a la difícil situación del país y la estigmatización que enfrentaba nuestra especialidad, no pude portar el uniforme completo que normalmente identifica nuestra labor. Sin embargo, mi compromiso y sentido de pertenencia permanecieron intactos. Porque más allá de los objetos que entregamos, esa actividad representó un acto de valentía y vocación de servicio.

Aquel día no solo alivió necesidades básicas de muchas familias, sino que sembró esperanza en tiempos de dolor. Para mí, como mujer, patrullera y ser humano, fue una experiencia que me reafirmó que el verdadero uniforme se lleva en el alma: ese que representa empatía, entrega y el deseo incansable de construir un país más justo y solidario.

Cada día reafirmo mi compromiso con la comunidad y, en especial, con quienes más lo necesitan. Porque servir también significa acompañar, escuchar y hacer sentir que nadie está solo.



Fuente: Fotografía tomada por María Olga Alzate Barbosa

Solidaridad

Colombia confirmó su primer caso de COVID-19 el 6 de marzo de 2020. Pocos días después, el 20 de marzo, el Gobierno declaró estado de emergencia y aislamiento obligatorio, primero, para adultos mayores, y luego, para toda la población. Aunque el confinamiento comenzó oficialmente la noche del 24 de marzo de 2020, muchas personas reconocen el 25 de marzo como el día cuando la cuarentena nacional cobró vigencia completa.

Este aislamiento, decretado inicialmente por 19 días mediante el Decreto 457, fue ampliado varias veces. Finalmente, se extendió hasta finales de agosto: el Gobierno anunció en julio que la cuarentena se prorrogaría hasta el 31 de agosto de 2020, tras más de 150 días de restricciones de movilidad. En Pasto (Nariño), como en gran parte del país, estas medidas impactaron profundamente la vida cotidiana, especialmente en zonas vulnerables.

Durante unos cinco meses y siete días —desde el 25 de marzo hasta el 31 de agosto de 2020— la cuarentena afectó sobre todo a familias con adultos mayores en comunidades de alta vulnerabilidad. En Pasto, los sectores más golpeados fueron las comunas 3, 6 y 10, junto con los barrios San Albano, Marquetalia, San Vicente de Huacaloma y Panorámico etapas 1, 2 y 3. Muchas de estas familias ya enfrentaban barreras de acceso incluso antes de la pandemia.

Como comandante confié plenamente en mi equipo de trabajo y su solidaridad humana. A pesar de las dificultades externas, los policías recibimos nuestros salarios puntualmente. Esa estabilidad económica permitió que parte de nuestros ingresos se destinara a compras colectivas en plazas de mercado y depósitos, con la prioridad de productos básicos como frutas, verduras, huevos, aceite, sal, azúcar y elementos de aseo básico personal



Teniente coronel **José Arides Sánchez Vergel**



y de hogar. A esto se suma el respaldo de comerciantes solidarios, quienes realizaron donaciones adicionales de insumos, cada mes se organizaban y entregaban alrededor de 150 mercados, con un alcance total de 750 mercados distribuidos durante todo el periodo de cuarentena.

Describir las sensaciones vividas durante las entregas es quedarse corto. La alegría, el orgullo y la gratitud se materializaron en sonrisas, abrazos e incluso lágrimas. Para quienes dieron y recibieron fueron “sensaciones maravillosas”, que hoy se conservan con fuerza en la memoria de los policías y las familias beneficiadas.

La experiencia dejó una enseñanza poderosa: trabajando unidos y con el corazón se logran grandes cosas. Como comandante, expreso un agradecimiento sincero a mi equipo, reconociendo que sin su compromiso la iniciativa no habría sido posible. De parte de la comunidad, recibimos reciprocidad: sonrisas, abrazos, palabras de gratitud... un lazo que refrenda la humanidad compartida entre ciudadanos y policías, un legado de solidaridad en Pasto.

La pandemia, en medio del dolor y la incertidumbre, reveló el poder de la solidaridad organizada. En Pasto, el ejemplo de los policías antidisturbios mostró que, aun en circunstancias extremas, es posible transformar dificultades en actos de ayuda mutua.

Quiero dejar una enseñanza clara para futuras crisis: que las instituciones estatales — además de cumplir su rol de seguridad— pueden convertirse en aliados activos del bienestar ciudadano, cuando actúan con vocación humana, policial y empatía.



La tanqueta de la Vida

Hace veinte años, el intendente Alvis tomó la decisión de vestir el uniforme. Desde entonces su vida ha estado ligada por completo a la especialidad de Diálogo y Mantenimiento del Orden. Dos décadas que parecen resumirse en instantes: cada procedimiento, cada marcha, cada palabra que logró mediar antes de que se desatara la violencia.

En este camino ha recibido 14 condecoraciones y 63 felicitaciones, reconocimientos que valora no por el metal o el papel que los respalda, sino porque reflejan la huella de un trabajo silencioso, hecho con convicción y entrega. A pesar del tiempo transcurrido, mantiene intacta la vocación y las ganas de seguir con su aporte a la tranquilidad y la seguridad de los colombianos.

Para mí, pertenecer a esta unidad no ha sido solo un rol profesional, sino una escuela de vida. Aquí he crecido como policía y como ser humano. He aprendido que el verdadero sentido de nuestro servicio está en respetar los derechos humanos, en resolver conflictos sin necesidad de escalar la confrontación y en velar por que el orden no sea una imposición, sino un camino hacia la convivencia.

Hoy, con la experiencia ganada en estas dos décadas, mi compromiso es seguir transmitiendo lo aprendido a las nuevas generaciones. Mi propósito es claro: continuar siendo parte activa de una especialidad que no solo enfrenta disturbios, sino que construye puentes de confianza en medio del caos. Ese, sin duda, es el honor más grande de mi vida institucional.



Intendente **Libardo José Alvis Felizzola**



Habíamos visto la desnutrición devorar la vida de los niños wayú y sus cuerpos frágiles perdiéndose entre la arena y el silencio. Fue uno de mis hombres quien se atrevió a romper la desesperanza con una idea imposible: “Mi sargento, las tanquetas soportan el desierto... ¿y si las llenamos de agua?”. Lo pensé unos segundos, y sentí que aquella locura era, en realidad, la única salida.

Nos reunimos con los líderes indígenas bajo una enramada improvisada; allí, la anciana Úrsula Pushaina, con voz quebrada, nos habló de su dolor: “Los nidos vacíos... hasta las lágrimas nos roba el viento”. Sus palabras nos atravesaron como cuchillos. No había más que decidir: la máquina de guerra se transformaría en cisterna humanitaria. La travesía fue un desafío contra la tierra misma. La arena movediza atrapaba nuestras ruedas, las piedras filosas golpeaban el blindaje y el calor parecía derretir la voluntad. Cada metro era una batalla invisible, pero avanzábamos con la certeza de que la esperanza viajaba dentro de aquella mole de acero.

Al caer la tarde, cuando la tanqueta cubierta de polvo apareció en Puerto Estrella, no hubo temor. Un grito recorrió las rancherías como un relámpago: “¡Agua!”. Entonces los niños, con ojos enormes y cuerpos consumidos, corrieron hacia nosotros. La anciana Úrsula se acercó lentamente, acarició el blindaje caliente y murmuró con lágrimas contenidas: “La bestia buena ha venido.” Mientras llenábamos bidones y cantimploras, observé a un niño beber con tanta avidez que mis propias ampollas dejaron de doler. En ese instante supe que el heroísmo no siempre nace en medio de balas y disturbios. A veces, el verdadero valor es convertir el deber en un puente de esperanza. Ese día la tanqueta dejó de ser un arma.

Se transformó en algo más profundo, un humilde y poderoso altar a la ley del corazón, allí donde la vida lucha por sobrevivir en medio del desierto.





Intendente jefe

RANDY YESSID LENES ARREOLA

Ha pasado ya 22 años desde que se puso por primera vez el uniforme que no solo representa autoridad, sino también sacrificio, entrega y compromiso con la patria. Hoy se desempeña en el Grupo de Diálogo y Mantenimiento del Orden n.º 27, en Cartagena, una unidad que le ha enseñado a escuchar antes de actuar, a prevenir antes que reprimir y a buscar siempre la palabra como puente hacia la paz.

En estas más de dos décadas de servicio ha recibido 15 condecoraciones y 87 felicitaciones. No las lleva como trofeos, sino como recordatorios de cada jornada en la que entregó lo mejor de sí, en las madrugadas de incertidumbre, en las noches de tensión, en esos momentos en los que la vida misma parecía pender de un hilo. Cada reconocimiento es, en realidad, un reflejo del esfuerzo colectivo y de la confianza que la comunidad ha depositado en su labor.

“Al acudir a mis recuerdos, entiendo que mi historia dentro de la Institución ha sido forjada con disciplina y vocación. He estado en escenarios donde la palabra ‘renuncia’ parecía la salida más fácil, pero el amor por mi profesión y por Colombia me sostuvo firme. Ser policía no es solo portar un uniforme, es abrazar la esperanza de millones de personas que creen en nosotros, aun en medio de las dificultades.

Hoy sigo caminando con la misma convicción de cuando inicié este viaje, con la certeza de que servir a mi país es el mayor honor que he podido recibir. Porque ser policía no termina con el fin de un turno; ser policía es un llamado de vida, y yo lo he asumido con el corazón.





Han sido veintidós años de servicio en la Policía Nacional, siempre en la Unidad de Diálogo y Mantenimiento del Orden, donde aprendí que la uniforme pesa más por la responsabilidad que por la tela. He enfrentado multitudes agitadas, el ruido de las piedras contra los escudos y la incertidumbre que acompaña cada operativo. Pero también he descubierto que la verdadera valentía no es la ausencia de miedo, sino la decisión de actuar a pesar de él.

Una de esas jornadas que marcó mi vida ocurrió el 29 de octubre de 2019, en San Jacinto de Cauca (Bolívar). Ese día, tras las elecciones regionales, una multitud de más de 1000 personas habían tomado por su cuenta y a la fuerza las instalaciones de la Registraduría Municipal y sacado a la calle el arca triclave; además, amenazaban con incendiar la edificación y el material electoral. Solo quince hombres habíamos llegado en un helicóptero que aterrizó con dificultad en medio del viento y la tensión. No había margen para el error: la democracia estaba en riesgo. Recuerdo que me acerqué con voz firme pero serena. No hablé como autoridad, hablé como un ciudadano más, apelando a la razón, escuchando entre el bullicio, intentando que la palabra venciera al fuego. Lo logramos: la multitud se dispersó sin que la violencia consumiera el lugar. Esa tarde no se quemó la Registraduría; se encendió, en cambio, una chispa de esperanza en el poder del diálogo.

Lo vivido en San Jacinto no fue solo un operativo exitoso, fue la prueba de que la disciplina, el coraje y el compromiso con Colombia son capaces de cambiar el rumbo de la historia en cuestión de minutos, porque estar en la Policía no es un trabajo, es responder al llamado de la democracia y de la gente, justo cuando más se nos necesita.





Intendente jefe

EDWAR HUMBERTO DAZA MOSQUERA

Ha pasado más de 21 años desde que llegó a la Unidad de Diálogo y Mantenimiento del Orden, y en cada uno de esos días ha sentido el peso y, al mismo tiempo, el honor de portar este uniforme.

Ingresó a la Institución el 8 de febrero del 2004, como alumno en la Escuela de Carabineros Eduardo Cuevas García. Allí aprendió que el sacrificio, la disciplina y la lealtad no son simples palabras, sino principios que moldean la vida de un policía. Desde sus primeros pasos, participó en el Curso 05 de Control de Multitudes, que finalizó con éxito y que le abrió el camino hacia una de las especialidades más exigentes: el Escuadrón Móvil Antidisturbios, donde fue asignado a la Sección 1 de la Móvil Antidisturbios n.º 1, la cual se encontraba en Bogotá, iniciando una carrera que lo llevaría a enfrentar escenarios de tensión social, riesgos extremos y decisiones que marcan vidas. Recuerda que aquellos primeros operativos: las marchas, los disturbios, los bloqueos, la adrenalina, se mezclaban con el miedo, pero también con el orgullo de saber que estaba cumpliendo con su deber.

En estos años he vivido momentos que nunca olvidaré: las mingas indígenas de 2007 y 2008; los complejos escenarios del estallido social en 2020 y 2021, y operaciones de gran impacto como la Operación Perseo en el Plateado (Cauca), donde nuestra presencia fue clave para restablecer el orden público. Cada procedimiento fue una prueba no solo de táctica y temple, sino también de humanidad. He aprendido que la firmeza nunca puede reñir con el respeto y que, incluso en medio de la confrontación, el diálogo y la serenidad pueden salvar vidas.





Mi carrera ha estado acompañada de reconocimientos que llevo con humildad: 6 menciones honoríficas, 59 felicitaciones, la Medalla de Servicios por 15 años, 3 condecoraciones por servicios distinguidos y varios distintivos que me recuerdan cada etapa recorrida: el de la Dirección de Carabineros y Seguridad Rural, la citación presidencial de la Victoria Militar y Policial, el distintivo de Habilidad en Control de Multitudes y el de la Unidad de Diálogo y Mantenimiento del Orden.

Pero más allá de las medallas, lo que realmente me define son los valores que me han sostenido: la lealtad con mis compañeros, la responsabilidad con la vida de cada ciudadano, la honestidad que dignifica el uniforme y el honor de pertenecer a esta Institución. Hoy, después de tantos años, sigo convencido de que ser policía no es solo un oficio, es una forma de vida. He sido parte de la historia del país en momentos de crisis, he sentido el peso de la incomprensión, el agradecimiento silencioso de la gente y, sobre todo, sigo creyendo que mi misión es mantenerme firme, con respeto y dignidad, en defensa del orden y la paz de Colombia.

Dentro de la Unidad de Diálogo y Mantenimiento del Orden, he estado marcado por un propósito claro: acercar la Institución a la comunidad. He aprendido que el verdadero impacto de mi servicio no solo se mide en los operativos exitosos, sino en la confianza que logro sembrar en los ciudadanos cuando nos ven como aliados y no como extraños.

A lo largo de mi carrera he liderado, junto con el personal a mi cargo, múltiples acciones de acercamiento: jornadas de diálogo, actividades comunitarias y espacios donde la gente pudo sentir que la Policía está para escuchar y servir. Recuerdo con especial orgullo el 2007, cuando participé en una entrevista en *Caracol Televisión*, durante un homenaje que realizaron por nuestro buen desempeño en los procedimientos de ese año. No fue un reconocimiento personal, sino un símbolo del esfuerzo colectivo de todos los hombres y mujeres que, como yo, entendemos que nuestra labor trasciende la confrontación y se convierte en puente con la ciudadanía.

Ese momento me reafirmó que el uniforme no solo representa autoridad, sino también compromiso y cercanía. Esa ha sido siempre mi manera de servir: con disciplina, pero también con humanidad, convencido de que la paz y el orden se construyen de la mano de la gente.





Intendente Jefe

EDWIN GIOVANNI CUASQUER CUASPA

En más de 21 años de servicio en la especialidad, ha recibido 118 felicitaciones, seis menciones honoríficas, varias condecoraciones por servicios distinguidos y la Medalla de la Unidad de Diálogo y Mantenimiento del Orden. Cada reconocimiento representa un sacrificio, una lucha y un compromiso asumido en nombre de la Institución y del pueblo colombiano.

“Mi historia comenzó el 15 de marzo del 2005, cuando llegué a las instalaciones del Escuadrón Móvil Antidisturbios n.º 8 de Cali, en el barrio Calvario. Allí recibí la capacitación inicial, formando parte de la escuadra de reserva de la Cuarta Sección. Los entrenamientos eran intensos: tácticas de prevención, barreras de neutralización, operaciones de captura, remoción de barricadas y evacuación de heridos, siempre como si se tratara de escenarios reales. Ese rigor fue mi escuela para lo que vendría.

Ese mismo año, en el municipio de Caloto, departamento del Cauca, enfrentamos las primeras invasiones en haciendas como Japio. Pasamos semanas en guardia permanente, con procedimientos que duraron meses, protegiendo tierras y resistiendo las agresiones de indígenas armados con explosivos artesanales. Más tarde vendrían los disturbios en la Universidad del Valle, donde los encapuchados atacaban con papas bomba, tatucos y molotov, dejando a muchos de mis compañeros lesionados. Fue ahí donde comprendí la crudeza de este trabajo.

Fuente: Fotografía suministrada por Edwin Giovanni Cuasquer Cuaspa.



En 2006 y 2008, durante desalojos en la hacienda La Emperatriz, viví momentos que aún me persiguen. Recuerdo el dolor de ver caer al patrullero Jorge Lenis Pacheco, herido en el pecho, y más adelante a mi compañero Giovanny Cerón, gravemente lesionado en el rostro. Escenas de humo, explosiones y gritos que marcaron para siempre mi memoria.

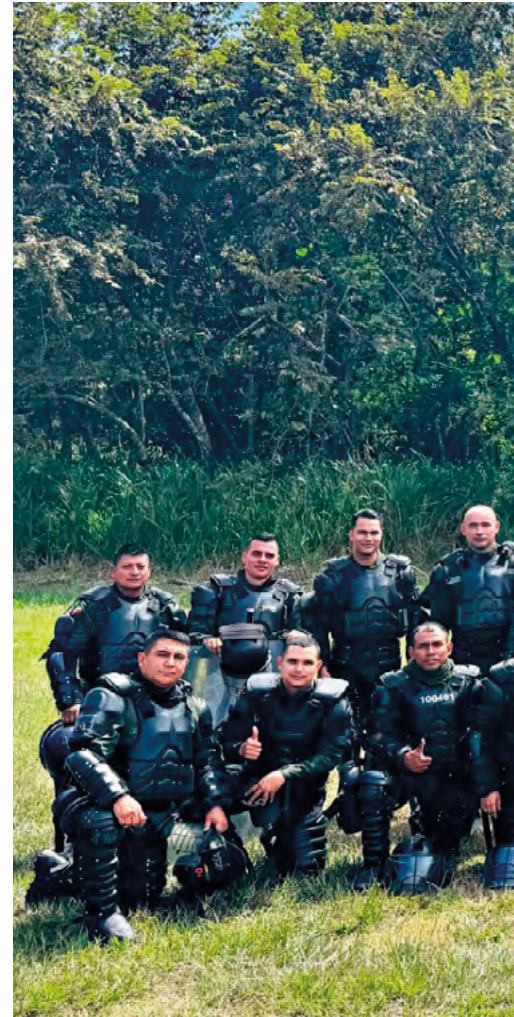
En el 2012, durante disturbios en la Universidad del Valle, me enfrenté a una de las pérdidas más duras: mi subintendente e instructor José Libardo Martínez Trejos cayó abatido por disparos en medio de las agresiones. Proteger su retirada y luego recibir la noticia de su muerte fue un golpe que caló en lo más profundo de mi ser.

Mi paso por Cali me llevó también a atender bloqueos en la vía Panamericana, operativos contra la minería ilegal junto con el Ejército en zonas selváticas y navegaciones interminables de más de 30 horas por ríos, sin agua ni alimento suficiente, pero con la convicción intacta de cumplir con nuestra misión. En el 2017, durante un desalojo en Cali, sufrí una lesión en mi mano al enfrentar a un hombre armado con machete que intentaba agredir a un funcionario de la alcaldía.

En el 2018 llegué al escuadrón de Pasto, en el departamento de Nariño, al sur de Colombia, donde asumí liderazgo en procedimientos en la Universidad de Nariño, la Universidad del Cauca en Popayán, erradicaciones en Tumaco y, de manera especial, participé en las protestas de Colombia en el 2021, en Cali. Estuve en puntos críticos como el Puente del Comercio, la Portada al Mar, Andrés Bello y Jamundí.

Fueron jornadas extenuantes, cargadas de violencia, incertidumbre y resistencia, pero también de un profundo sentido del deber.

Hoy sigo siendo parte de la Unidad de Diálogo y Mantenimiento del Orden (UNDMO), testigo de la transición del antiguo ESMAD hacia una especialidad renovada, con mayor énfasis en los derechos humanos y el uso proporcional de la fuerza. Culminé el III Curso de Comandantes de Dispositivo Especializado de Intervención, en el Centro Nacional de Operaciones, convencido de que cada experiencia vivida, por dolorosa que haya sido, me ha hecho crecer como policía, compañero y ser humano. Mi vida institucional ha sido una historia de sacrificio, entrega y resiliencia. Mientras vista este uniforme, seguiré defendiendo con honor la tranquilidad y la seguridad de los colombianos.





Fuente: Fotografía suministrada por Edwin Giovanni Cuasquer Cuaspa.



Intendente **JESÚS ANÍN MARTÍNEZ GARCÍA**

ngresó a la Policía Nacional de Colombia en el 2005 y fue destinado a laborar en el que para esa época recibía el nombre de Escuadrón Móvil Antidisturbios de la Metropolitana de Popayán. Desde entonces, ha desempeñado diversas funciones en el ámbito operativo dentro de la especialidad, aportando en diferentes roles y destacándose por su compromiso, respeto, disciplina y vocación de servicio.

Durante su trayectoria institucional, ha participado activamente en funciones fundamentales para el mantenimiento y restablecimiento del orden público, interviniendo en múltiples procedimientos de control de disturbios y manifestaciones sociales que se tornaron violentas, operativos de alto impacto y actividades coordinadas con otras unidades policiales. En cada una de estas labores ha demostrado su responsabilidad, entrega y una destacada capacidad táctica.

“En la actualidad me desempeño como comandante de Escuadra, siendo un referente para mi grupo y equipo de trabajo. Es de anotar que durante los años 2015 hasta el 2018, adelanté labores como multiplicador de conocimientos policiales en mi unidad y en diferentes estaciones del Departamento de Policía del Cauca, ampliando el conocimiento de cada funcionario frente al uso de la fuerza y el empleo de diferentes armas, municiones y dispositivos menos letales, con mi aporte al mejoramiento continuo del personal uniformado de la Policía Nacional.





He cursado diferentes estudios académicos y técnicos que permiten fortalecer mi perfil, tales como técnico profesional en servicio de policía. He fortalecido mi perfil profesional con cursos especializados como: Curso de Control y Manejo de Multitudes, realizado en el 2006; el seminario taller Integridad y Transparencia Institucional en la Lucha contra la Corrupción, realizado en el 2016; seminarios de actualización del Código Nacional de Policía y Convivencia, realizados en el 2016 y 2017, seminario Empleo de Elementos Dispositivos Municiones y Armas No Letales, realizado en el 2017; diplomados en Derechos Humanos y Servicio de Policía, realizados en el 2017, 2019, 2020 y 2023, Seminario Actualización en Manejo y Control de Multitudes realizados en el 2021 y 2022; Curso Mandatorio para la Intervención de Disturbios y otros Hechos Violentos, derivados de la aglomeración de personas realizados en el 2024 y 2025, entre otros; para un total de 35 entre cursos y seminarios.

Esta formación me ha permitido ejercer una labor policial integral, ajustada al marco legal y normatividad vigente, así como al respeto de los derechos fundamentales. Mi trayectoria institucional se ha caracterizado por ser un ejemplo, además de la constante entrega al servicio de Policía, el cumplimiento riguroso de los lineamientos institucionales y mi liderazgo en los diferentes terrenos, proyectándome como un servidor público íntegro, comprometido con la misión constitucional de la Policía Nacional y garante de los derechos humanos.

En mayo de 2006 fue el primer procedimiento atendido por nuestra parte, en conjunto con el apoyo de unos compañeros que venían de Pasto, intervención realizada en el corregimiento de Remolinos (Nariño), en atención al paro cocalero que se adelantaba en este departamento, con el objetivo principal de restablecer la movilidad y la libre locomoción, debido a que aproximadamente 5000 manifestantes, por vías de hecho, realizaron el bloqueo de las vías, a nuestra llegada, la presencia del componente antidisturbios produjo una reacción inmediata de la comunidad, pues se trataba de un número considerable de personas, que comenzaron a agredirnos con piedras, voladores y artefactos explosivos de fabricación artesanal, por lo que fue necesaria nuestra intervención.

Iniciamos el procedimiento conforme a los protocolos establecidos, con el uso de agentes químicos para dispersar a la multitud y proteger la integridad del personal. Durante el tiempo que duró esta comisión de servicios en este lugar, el personal contaba con uno o dos alimentos al día, lo que produjo dificultades y disminución en la efectividad del personal al momento de adelantar las diferentes intervenciones. A pesar de las diferentes adversidades presentadas, el profesionalismo que demostraron los hombres y mujeres que hacen parte de esta unidad sacó adelante cada uno de los procedimientos que se atendieron en esa comisión.

Este tipo de situaciones nos exigen mantener la calma, aplicar los protocolos de derechos humanos y actuar con profesionalismo ante escenarios de alta complejidad. No se trató de una confrontación, sino de un servicio cuyo propósito era el restablecimiento del orden público y la





Fuente: fotografía suministrada por Jesús Anín Martínez García.



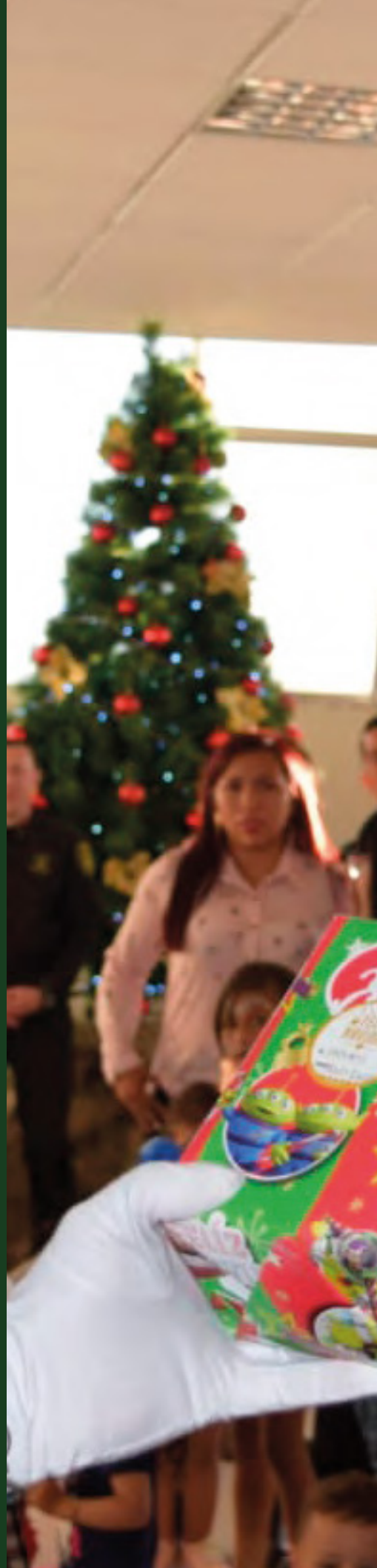
Intendente jefe

TOBÍAS ALEJANDRO LÓPEZ VILLAMIL

Leva 18 años de servicio en la Institución laborando en la Unidad de Diálogo y Mantenimiento del Orden. En este tiempo ha recibido 5 menciones honoríficas, 83 felicitaciones, la medalla de 15 años de servicio y condecoraciones como la Cruz de Caballero, la Flor del Guaviare, Servicios Distinguidos y el distintivo de UNDMO. Pero más allá de los reconocimientos, lo que guarda en el corazón son las experiencias y las cicatrices que este camino le han dejado.

Soy boyacense, tengo 40 años y desde que ingresé a la Policía en el 2006 supe que mi vida no sería común. Me gradué como patrullero en 2007 y de inmediato me incorporé al Escuadrón Móvil Antidisturbios en Bogotá. Desde entonces, he recorrido el país entero, respondiendo en los escenarios más tensos de protesta social, allí donde el orden público ha estado al límite.

He desempeñado todos los roles que un antidisturbios puede tener: fui escudero, operador de armas menos letales, comandante de escuadra, de sección y Dispositivo Especializado de Intervención. Cada función me enseñó algo distinto: el peso de un escudo en medio de las piedras; la responsabilidad de dar órdenes que afectan la vida de mis hombres; y la convicción de que nuestra labor no es reprimir, sino garantizar que la protesta se desarrolle en el marco de la Constitución.





He estado en los momentos más álgidos que ha vivido Colombia: las protestas indígenas en el Cauca, el paro petrolero en el Meta, el paro agrario de 2014, los paros camioneros y cocaleros en Norte de Santander y Antioquia, y las protestas sociales de 2019 y 2021. En todos estos sentí el miedo, la tensión y la incertidumbre, pero también la fuerza del deber.

He aprendido que el coraje no significa no temer, sino actuar a pesar del miedo, siempre con respeto a los derechos humanos y con el compromiso de proteger tanto a la ciudadanía como a mis compañeros. Hoy miro atrás y entiendo que cada operativo, cada noche de incertidumbre y cada amanecer en medio del caos han forjado mi carácter.

Ser policía, ser antidisturbios, no ha sido fácil, pero sí ha sido un honor. Mi vida es testimonio de que la disciplina, la lealtad y el servicio son los verdaderos reconocimientos que llevamos grabados en la piel y en el alma. En el 2014 viví uno de los momentos más significativos de mi carrera en la Policía Nacional. Durante el concurso de ascenso al grado de subintendente, me enfrenté a un reto que reunía a más de 28.000 funcionarios de todo el país. La competencia era dura, y cada examen ponía a prueba no solo el conocimiento, sino también la disciplina y la vocación de servicio.

Recuerdo la tensión de esos días, las largas jornadas de preparación y el peso de la responsabilidad que sentía sobre mis hombros. Cuando finalmente se anunciaron los resultados y escuché mi nombre en el primer lugar, la emoción fue indescriptible. No lo vi como un triunfo personal, sino como un reconocimiento al sacrificio, a la constancia y al espíritu de la especialidad antidisturbios que represento con orgullo. Ese logro no pasó desapercibido: la Institución lo destacó y fue reseñado en la revista oficial de la Policía Nacional. Para mí fue un momento que proyectó, más allá de mi nombre, la imagen positiva de nuestro trabajo y la certeza de que en cada uno de nosotros hay un compromiso real por crecer, servir y dejar en alto el uniforme que portamos.





Teniente Coronel

MAURICIO FERNANDO SÁENZ CÓRDOBA

Nació en Pasto (Nariño). Desde muy joven entendió que su vida estaría ligada al servicio del país y al uniforme. Hoy se desempeña con orgullo el cargo de comandante de la Regional de Diálogo y Mantenimiento del Orden n.º 1, en Bogotá, un camino que lo ha llevado a dedicar más de dieciséis años de entrega a esta especialidad, acumulando 148 felicitaciones y 30 condecoraciones que no se limitan a una estadística, sino que, al contrario, las integra en su vida como el recordatorio y la memoria de un compromiso inquebrantable y permanente.

“El servicio me ha permitido ir más allá de las fronteras de Colombia. En San Luis de Potosí (México) tuve la oportunidad de formarme en Derechos Humanos de la mano del Comité Internacional de la Cruz Roja, una experiencia que marcó profundamente mi visión sobre el trato digno en medio de la confrontación. En Miami (Estados Unidos) representé al antiguo ESMAD (hoy UNDMO) en un curso especializado sobre eventos de afluencia masiva, con el fin de entender la magnitud de responder ante multitudes que buscan expresión y seguridad al mismo tiempo. De igual forma, en Berlín (Alemania), participé en la referenciación en la fecha en la que se conmemora el Día del Trabajador, en conjunto con la Policía estatal de esa ciudad, donde aprendí que aunque los contextos cambian, los desafíos de mantener el orden y el respeto a los derechos son universales.

Mi paso por la Institución ha estado marcado también por los grandes momentos de nuestra historia reciente. En el paro de Campo Rubiales, en el Meta (2011), aprendí lo que significa contener una tensión social en medio de intereses económicos y laborales.

Fuente: fotografía suministrada por Tobías Alejandro López Villamil.





En julio del 2011, como comandante de la sección n.º 1 del Escuadrón Móvil Antidisturbios n.º 1 nos dirigimos a la comisión para el municipio de Puerto Gaitán (Meta), debido a problemas con los trabajadores de las petroleras, especialmente con el sindicato de la USO; el más fuerte en la zona.

Después de unos días, nos trasladaron vía aérea al campo petrolero Campo Rubiales, debido a que se encontraba bloqueada la vía principal de acceso al aeropuerto. Con esta referencia, se realizó la planeación para ingresar en horas de la madrugada a los puntos de bloqueo, con una sección de 40 hombres; la mayoría del personal eran antiguos en el grupo.

En ese momento, la información brindada por (Seccional de Inteligencia Policial) fue de dos bloqueos, el primero con un máximo de 60 personas y el segundo con 150. Al llegar al primer punto de bloqueo, efectivamente las personas se replegaron con la utilización del agente químico en cuantía mínima, se retiraron las barricadas y avanzamos al segundo bloqueo, donde la situación se complicó porque no teníamos la información de que en ese segundo punto quedaba el campamento principal de la USO, con un aforo aproximado de 3000 personas, quienes iniciaron la agresión con elementos contundentes, como piedras palos y botellas llenas de nafta; elemento considerado más volátil que la gasolina.

En ese momento, los manifestantes nos rodearon y comenzamos a retroceder, el sistema de emergencia que se utiliza para apagar los tanques llenos de crudo cuando se incendian fueron utilizados por estos manifestantes violentos en contra de nuestra integridad y no permitían que pasáramos para reorganizarnos. Igualmente, los extintores industriales para este tipo de emergencias los utilizaron para crear cortinas con el agente químico que contienen, el cual, por su accionar, limitaba nuestra visión y aumenta el nivel de dificultad para respirar.

Los elementos menos letales que utilizamos en ese momento no eran efectivos, porque era un campo extenso abierto y los manifestantes contaban con los elementos ya mencionados para contrarrestar los efectos. Por esta razón, fue imposible sostener el procedimiento por más de cuatro horas, debido a que los 40 hombres debían afrontar a 3000 personas en una relación 1:75, con los ánimos enardecidos y actitud violenta.

98

En ese momento nos encontrábamos completamente rodeados, por lo tanto, se tomó la decisión de salir en dos grupos: el primero logró salir por la vía que conducía a las instalaciones principales de Campo Rubiales hacia el aeropuerto; mientras tanto, el segundo grupo pudo salir utilizando las instalaciones de la empresa, en donde se encuentra todo el crudo almacenado. En ese momento, se utilizaron al máximo los elementos asignados debido a tres situaciones: la primera, estábamos peleando casi cuerpo a cuerpo con los manifestantes; la segunda, nos habían roseado con nafta y tenían botellas prendidas para lanzarlas en contra de nuestra humanidad; y la tercera, debíamos cerrar la puerta por donde logramos salir para evitar que los manifestantes causaran daños mayores a estas instalaciones.

Posteriormente, logramos salir a un punto seguro y verificamos las novedades que se

presentaron durante el procedimiento con el personal, las cuales fueron cinco compañeros lesionados, unos más graves que otros, quienes fueron trasladados por vía aérea a Bogotá para su respectiva valoración.

Por orden del comandante de los Escuadrones Móviles Antidisturbios a nivel nacional, en esa época el coronel Rafael Méndez Castro, se dispusieron catorce secciones para llegar al punto como apoyo y realizar una segunda entrada.

Esta labor se realizó al día siguiente, cuando ingresamos 200 hombres distribuidos en cinco secciones. La sección que comandaba debía entrar primero porque ya conocíamos el terreno y éramos los guías de los otros grupos. Ser los líderes del procedimiento y contar con el apoyo del personal adicional nos dio fortaleza para controlar la situación. En ese momento, al mando del procedimiento, se encontraba el mayor Henry Roger de Castro, grado que ostentaba para esa fecha.

En esa ocasión no se presentó ningún tipo de agresión, las personas fueron saliendo poco a poco al darse cuenta de la presencia robusta del grupo, hasta que el campamento quedó totalmente desocupado, por lo que pudimos retomar el control, junto con unidades del Ejército Nacional y miembros de seguridad privada.

Un sinnúmero de experiencias se pueden resaltar, como los procedimientos realizados en:

- Paro Campo Rubiales (Meta), 2011.
- Paro del Catatumbo (Norte de Santander), 2011.
- Paro agrario (2013).
- Minga indígena (Cauca), 2019.
- Protesta Social (Bogotá), 2021.
- Desalojos en Cali (Valle del Cauca), 2023.

Hoy, al mirar atrás, sé que mi vida ha sido una suma de aprendizajes, retos y sacrificios. El uniforme que visto no solo representa autoridad, también responsabilidad y humanidad. Mi historia aún se escribe; cada día me levanto con la convicción de que servir es, en esencia, entregar la vida al país en cada gesto, en cada palabra y en cada acción.



Patrullero

JHON LEANDRO RIVERA NOGUERA

Después de 17 años de servicio en la Unidad de Diálogo y Mantenimiento del Orden (UNDMO), reconoce que su vida entera ha estado marcada por el uniforme, la disciplina y el compromiso inquebrantable de servir.

“En el 2008 inicié mi trayectoria en Bogotá, como parte del Escuadrón Móvil Antidisturbios n.º 2. Eran días de incertidumbre, de adaptarme a un mundo de exigencias extremas, pero también de reafirmar la decisión que había tomado: dedicarme a la defensa del orden y la tranquilidad ciudadana. Con el paso de los años, mi labor se convirtió en una escuela de vida, donde aprendí que la valentía no siempre significa avanzar sin miedo, sino actuar con responsabilidad aun en medio del riesgo.

Durante este tiempo me desempeñé en distintos roles operativos, cada posición me enfrentó a escenarios diferentes, todos cargados de tensión y desafíos. Cuando me correspondió portar un escudo acrílico, aprendí a resistir y proteger a mis compañeros, mientras que como operador de armas menos letales, adquirí una destreza única en el manejo de equipos y dispositivos, con la premisa de que cada acción debe estar guiada por la prudencia y el uso responsable de la fuerza.

Mi hoja de vida guarda el reflejo de estos años de servicio: 5 menciones honoríficas, 71 felicitaciones, la Medalla de Servicios por 15 años, la Medalla de la Unidad de Diálogo y Mantenimiento del Orden “Intendente Ricardo Arley Monroy Prieto”, dos condecoraciones de servicios distinguidos, el distintivo de Citación Presidencial a la Victoria Militar y Policial, y el distintivo del Escuadrón Móvil Antidisturbios. Cada reconocimiento simboliza jornadas de entrega, momentos de incertidumbre y también la satisfacción de haber cumplido con la misión.

Fuente: fotografía suministrada por Jhon Leandro Rivera.





Estos años no solo me forjaron como policía, sino también como ser humano. Aprendí que el trabajo en equipo es la base de nuestra fuerza, que las decisiones bajo presión marcan la diferencia entre el caos y la calma, y que el profesionalismo y la mesura son el verdadero rostro de la autoridad.

Cada experiencia me hace recordar que mi historia no está escrita solo en medallas ni en felicitaciones, sino en las huellas invisibles que dejó cada servicio: en la confianza recuperada de la gente, en la solidaridad de mis compañeros y en la certeza de haber entregado lo mejor de mí en cada momento. Desde mis primeros pasos en la Institución, supe que la vida que elegí no sería sencilla.

Mi primera comisión a Honda (Tolima) fue en un momento crítico. El país vivía la crisis social causada por la caída de las ‘pirámides’ ilegales, y allí entendí que el uniforme no solo representa autoridad, sino también la fragilidad de estar en medio de la frustración y la rabia de la gente. Fue la primera vez que sentí de cerca la tensión que marcaría buena parte de mi trayectoria. El destino me llevó a escenarios cada vez más complejos. Uno de estos fue el Cauca, tierra fértil pero marcada por la resistencia y la violencia. Allí, las mingas indígenas nos enfrentaban a bloqueos, diálogos truncados y, sobre todo, al riesgo permanente.

Recuerdo las largas jornadas en carreteras rodeadas por montañas, donde la incertidumbre se mezclaba con la amenaza latente de los grupos armados ilegales. Allí vi caer a compañeros, algunos gravemente heridos, y a otros que entregaron su vida en cumplimiento del deber.

El Cauca fue y sigue siendo una de las pruebas más duras que me ha tocado enfrentar, no solo como policía, sino como ser humano. Otro episodio que marcó mi vida se dio en Tibú (Norte de Santander), durante una manifestación campesina que se extendió por mes y medio.

Cada día era un nuevo reto: desbloques de vías bajo la presión de la gente y el constante asedio de actores armados. El hacinamiento, la falta de comida suficiente, la fatiga acumulada y las heridas de los compañeros eran la rutina diaria. Allí aprendí que el verdadero temple no está en aguantar el cansancio físico, sino en mantener el espíritu firme en medio del desgaste emocional.

Mi trayectoria también me llevó a Pacific Rubiales, en Meta y Casanare, en medio de protestas laborales, y más adelante a vivir en carne propia el paro nacional de 2021, quizás una de las pruebas sociales más significativas en la historia reciente de Colombia. Allí descubrí que el uniforme no solo es blanco o negro ante la sociedad: es también blanco de críticas, de juicios, de incomprensiones. Sin embargo, nuestra labor siempre fue clara: proteger, contener y, sobre todo, sobrevivir.

Igualmente, participé en misiones de erradicación de cultivos ilícitos en Chocó y Guaviare, y en la retoma de El Mango (Cauca), un lugar que simboliza lo difícil que es mantener el control del territorio en medio de tantas fuerzas opuestas. No todo fue tensión ni dolor.

Hubo momentos que me recordaron que detrás del uniforme también hay humanidad. En San Andrés, Amazonas y Cartagena viví servicios en ambientes más tranquilos, donde la camaradería, el contacto con la comunidad y la estabilidad me dieron un respiro en medio de tanto sacrificio. Esos momentos fueron necesarios para mantener el equilibrio y no dejar que la dureza del servicio apagara mi esencia.

En el 2025, di un paso que cambió mi visión del servicio: cursé el Diplomado en Negociación en Situaciones de Crisis, en la Escuela de Policía Antisecuestro y Antiextorsión. Allí comprendí que no siempre la fuerza es el camino, que el diálogo, la prevención y la mediación pueden salvar más vidas que cualquier operativo. Ese aprendizaje marcó el inicio de una nueva etapa en mi carrera, ahora en el Grupo de Diálogo, donde el objetivo no es solo contener, sino tender puentes con la comunidad y construir una seguridad más humana.

Hoy, al mirar atrás, veo un camino marcado por riesgos, cansancio y pérdidas, pero también por logros, aprendizajes y momentos de orgullo.

Mi historia no está escrita solo en confrontaciones y condecoraciones, sino también en las vidas que protegí, en los conflictos transformados y en la certeza de que, pese a todo, seguí de pie sirviendo con el corazón.



Fuente: fotografía suministrada por Jhon Leandro Rivera.



Intendente jefe

JOSÉ MANUEL SALGADO RUEDA

Desde hace más de una década, su vida ha estado ligada a la especialidad de antidisturbios. Ingresó en el 2011, cuando realizó el curso en la escuela del Centro Nacional de Operaciones (CENOP), llamado así en ese entonces, donde comprendió que este camino no solo exige disciplina y resistencia física, sino también carácter, hermandad y la capacidad de tomar decisiones en medio de la presión. Fue en ese curso donde aprendió el verdadero valor de la unión de grupo, y descubrió que el respaldo entre compañeros es la base para afrontar cualquier situación de orden público.

Al terminar mi formación, fui destinado al Escuadrón Móvil Antidisturbios n.º 2, con sede en Bogotá. En esa ciudad di mis primeros pasos como operador de armas menos letales, enfrentando los escenarios complejos de la capital, donde la protesta social y las tensiones ciudadanas ponen a prueba no solo la preparación técnica, sino también la paciencia y el respeto por los derechos humanos.

En el 2014, llegué a Ibagué (Tolima), para integrarme a la especialidad antidisturbios. Allí asumí uno de los roles que más orgullo me ha dado: comandante de escuadra. Esta responsabilidad me permitió guiar a mis compañeros y subalternos, enseñándoles que el trabajo en equipo es la base para superar cualquier dificultad. Siempre he procurado ser ejemplo tanto en lo profesional como en lo personal, porque estoy convencido de que la disciplina, el respeto y la obediencia al mando directo son principios que nos sostienen como unidad.





En la especialidad, he recibido 6 menciones honoríficas, 79 felicitaciones, 2 condecoraciones de servicios distinguidos y diversas medallas y distintivos que reconocen mi entrega, entre estas, la Orden Manuel Murillo Toro y la Condecoración al Mérito Cívico de la Asamblea Departamental del Tolima. Cada uno de estos reconocimientos no es un adorno en mi uniforme, sino el reflejo de noches en vela, de decisiones difíciles y de la satisfacción de haber cumplido con mi deber.

Hoy, al mirar atrás, me siento agradecido por cada experiencia. Lo que soy como policía y como ser humano lo debo a esta carrera que me enseñó a resistir, a valorar la hermandad y a servir con lealtad. A los nuevos integrantes de la unidad siempre les digo: trabajen en equipo, confíen en sus compañeros y nunca olviden que el verdadero honor está en servir a Colombia con disciplina, respeto y entrega total.

He aprendido que la trayectoria de un policía antidisturbios se mide más en cicatrices y experiencias que en números. Estuve presente en los grandes momentos de tensión que ha vivido el país: el paro agrario del 2013, el paro nacional campesino del 2014, el paro minero en 2017, las jornadas de radicación entre 2017 y 2019, y, por supuesto, la protesta social del 2021. Cada escenario me exigió no solo firmeza, sino también humanidad, porque detrás de cada protesta había rostros, historias y necesidades que no podíamos ignorar.

Viajé a lugares como Tumaco, Villagarzón, Guaviare, Buriticá, Cauca, Cali, Medellín y Cauca. En todos ellos confirmé que nuestra labor va más allá del control: consiste en prevenir violaciones a los derechos humanos y reducir al mínimo el uso de la fuerza, siempre privilegiando el diálogo y el respeto.

Uno de los momentos más difíciles de mi vida ocurrió el 16 de agosto de 2017, en Segovia (Antioquia). Estábamos en medio del paro minero cuando, en un procedimiento de control de disturbios, recibí el impacto de un proyectil de arma de fuego calibre 38 en mi rodilla izquierda.

El dolor fue intenso, pero más fuerte fue la convicción de seguir adelante, porque comprendí que cada riesgo asumido forma parte del compromiso que tenemos con la paz y el orden. Hoy, al recordar esas jornadas, sé que mi paso por la Institución ha dejado huellas en mí y en quienes me rodean. Mi mayor orgullo no son solo las misiones cumplidas, sino haber demostrado que se puede mantener la disciplina, la templanza y el respeto aun en medio del conflicto.

Quiero mencionar con orgullo que en la unidad también labora mi hija, la patrullera Yeimy Natalia Cristancho Banoy, desde el 2020; mi experiencia ha sido fundamental para guiar sus pasos en este trasegar institucional.





Intendente Jefe

JOSÉ IVÁN DELGADO CERÓN

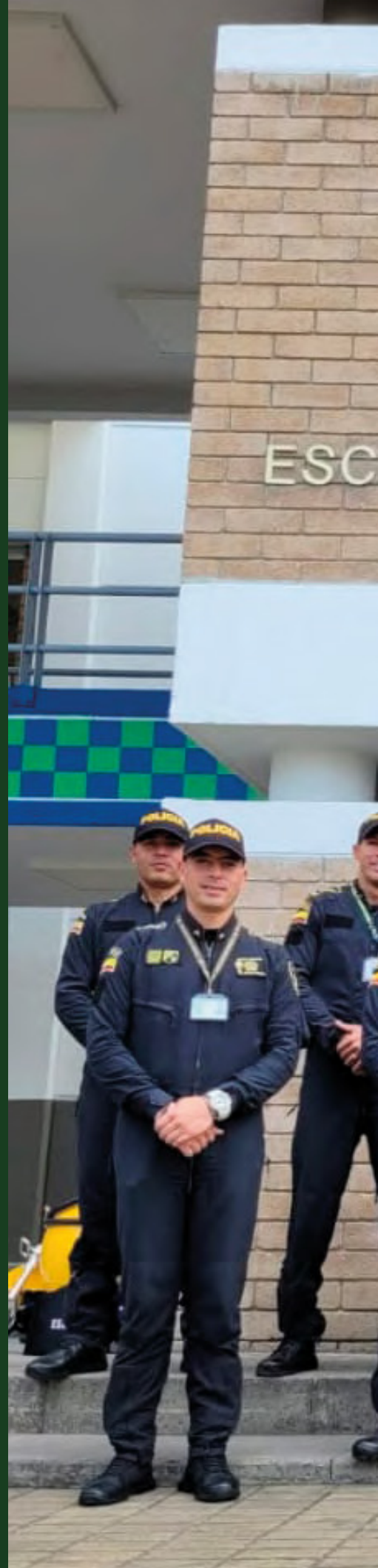
Con más de 22 años de servicio, de los cuales 12 años y 7 meses han sido en la Unidad de Diálogo y Mantenimiento del Orden n.º 15, su trayectoria se ha caracterizado por disciplina, entrega y compromiso con la seguridad ciudadana.

“He recibido importantes condecoraciones, entre otras: Asamblea Departamental de Antioquia (2013), Servicios Distinguidos (2015 y 2021), la Medalla de la Dirección de Seguridad Ciudadana (2018), la Medalla al Mérito de la Alcaldía de Ipiales (2020), la Medalla Cívica Ciudad de Pasto (2023) y la Medalla Municipal de Nariño (2024), además de 70 felicitaciones en la unidad.

Mi formación incluye cursos y diplomados en control de multitudes, uso adecuado de la fuerza, dispositivos menos letales, derechos humanos y resolución de conflictos, lo que me ha permitido actuar con profesionalismo y también formar a nuevos policías como instructor en distintas escuelas y cursos nacionales.

A lo largo de mi carrera, cada misión y cada proceso de capacitación me recuerdan que mi mayor logro no está solo en las medallas, sino en el impacto positivo en la vida de los demás. Mantengo firme mi convicción de servir a la patria con honor, disciplina y entrega. En la actualidad ostento el grado de intendente jefe, y quiero abrirles mi corazón para compartirles un poco de mi trasegar en la Policía Nacional. Desde que vestí por primera vez el uniforme entendí que este camino no sería común; lo elegí con el alma firme, dispuesto a enfrentar lo impensable por la seguridad de los colombianos. Cada jornada en la calle, cada operativo, cada madrugada de incertidumbre me ha demostrado que servir a la patria exige coraje, sacrificio y amor genuino por el deber.

Fuente: fotografía suministrada por José Iván Delgado Cerón.





POLICIA NACIONAL UELA METROPOLITANA DE BOGOTA



He desempeñado distintos roles: En cada cargo descubrí lo mismo: que la delgada línea entre el orden y el caos se recorre con disciplina, pero también con humanidad. En el antidisturbios, hoy Unidad de Diálogo y Mantenimiento del Orden, viví la tensión de la calle, el rechazo de las multitudes, pero también la gratitud de quienes reconocen el sacrificio y la hermandad inquebrantable de los compañeros.

Recuerdo con claridad el 2017, cuando acompañábamos un proceso de erradicación de cultivos ilícito, en el que diecinueve compañeros fueron secuestrados y despojados de sus armas. Ese día entendí qué tan frágil puede ser la línea entre el deber y la muerte. El miedo estaba en cada mirada, pero también la decisión de no abandonar a los nuestros.

Avanzamos bajo un sol inclemente, cargando uniformes, escudos y municiones menos letales. Seis hombres cayeron por deshidratación, pero seguimos. Nos enfrentamos a cientos de personas en desventaja, luchamos hasta el límite, hasta que el subintendente Santacruz cayó. Fue su último servicio. Lo llevamos en hombros al regresar a la base, agotados, pero con la frente en alto, sabiendo que nuestra acción permitió la liberación de nuestros compañeros. Ese día comprendí que la lealtad y el honor superan cualquier miedo.

He estado en el paro agrario, en pueblos que apenas conocía en el mapa y que hoy llevo tatuados en la memoria. He recibido piedras, insultos y odio, pero también respeto, gratitud y manos tendidas. He visto caer a compañeros y también he tenido que levantar cuerpos desgastados por la lucha. Cada kilómetro recorrido con botas rotas y cuerpo cansado me recordó que el deber siempre estaba intacto.

Con los años, además de combatir, asumí otro papel: el de instructor antidisturbios. Enseñar fue el paso natural después de tanto terreno, golpes y aprendizajes. Formar a nuevas generaciones me permitió aportar no solo táctica, sino también experiencia, humanidad y respeto por la vida. Uno de los momentos más significativos fue haber participado en la construcción del modelo de actuación por equipos tácticos, un cambio que transformó nuestra manera de enfrentar el conflicto, uniendo firmeza y humanidad. Ver cómo esas ideas se convirtieron en procedimiento oficial es un orgullo que guardo como uno de mis mayores logros.

II O

Hoy camino entre jóvenes que apenas toman el escudo por primera vez. Ya no solo definiendo en la línea, ahora formo corazones firmes, mentes templadas y manos preparadas para actuar con equilibrio, porque enseñar, lo entiendo hoy, es también una forma de heroísmo. No busco compasión ni reconocimientos. No escribo para que me vean como víctima. Cada marcha, cada enfrentamiento, cada cicatriz en mi piel o en mi memoria los agradezco. Me hicieron quien soy. Mi historia no es una queja, es un testimonio real de lo que significa amar el orden, incluso en medio del caos.

Con orgullo y sin titubeos puedo decirlo: he combatido, he instruido, he formado, he llorado y he reído con mis hombres. Siempre estuve ahí, porque para nosotros no es solo un trabajo, es un legado. Si alguien me pregunta quién soy, no dudo en responder: HOMBRE ANTIDISTURBIOS TODA LA VIDA”.





POLICIA

Patricia
VALENTINA

035128

POLICIA
METROPOLITANA
DE NEIVA

Detrás de cada
historia
Hay un
compromiso



¡Únete a nuestra comunidad digital!

La impresión de esta publicación fue realizada por la Imprenta Nacional de Colombia utilizando tintas formuladas con base en aceite de soya, consideradas más respetuosas con el medio ambiente. Los papeles utilizados están fabricados a partir de fibras alternativas (no maderables), como el bagazo de caña de azúcar, los cuales son biodegradables, reciclables, inodoros e inocuos. Además, se emplearon planchas para la impresión offset destacadas por su capacidad para reducir el consumo de agua y productos químicos durante el proceso. Estas decisiones reflejan el firme compromiso de la Imprenta Nacional con la adopción de prácticas responsables y ecológicas en la industria de la impresión en Colombia, contribuyendo activamente a la preservación del medio ambiente.



www.imprenta.gov.co

PBX (0571) 457 80 00

Carrera 66 No. 24-09

Bogotá, D. C., Colombia

